

Reconocimiento y dignificación del oficio del reciclaje: un ejercicio
autoetnográfico

Mayra Alejandra Másmela Espitia

Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Pedagógica Nacional

Línea de Formación Política y Memoria Social

Tutora: Catalina Rodríguez Amaya

2025

AGRADECIMIENTOS

A Dios, en primer lugar, por permitirme culminar esta etapa de mi vida. Por sostenerme en los momentos de mayor cansancio, por darme fortaleza cuando las fuerzas parecían agotarse y por acompañarme incluso cuando el camino se volvió incierto. Este logro no habría sido posible sin Su guía constante y silenciosa.

A mi tutora, Catalina Rodríguez Amaya, por su acompañamiento riguroso, humano y comprometido. Por su lectura cuidadosa, por sus orientaciones críticas y por confiar en este proceso incluso cuando fue complejo. Su apoyo fue fundamental para sostener este trabajo hasta el final.

A mis padres, por su amor y respaldo incondicional. A mi papi Rafael, cuyo sueño siempre fue verme llegar hasta aquí; este logro también es suyo. A mi mami, por su cuidado constante, por su entrega, por su fuerza y por sostenerme con amor en los momentos más difíciles.

A mis hermanos. Mi hermanita y mi hermanito, quienes han sido un pilar profundo en este camino. Su presencia, su apoyo silencioso, su compañía y su manera de creer en mí fueron un sostén emocional fundamental. En medio de las dificultades, ellos representaron refugio, calma y motivo para no rendirme. Este proceso también les pertenece.

A mi hija, María José mi mayor motor y mi razón más profunda. Ella llegó a mi vida en medio de circunstancias difíciles, cuando el reciclaje se convirtió en mi primer sustento al llegar a Mosquera. Gracias a ese oficio pude cuidarla, acompañarla y brindarle lo necesario, incluso cuando apenas tenía meses de nacida. Cada madrugada, cada recorrido, cada esfuerzo tuvo sentido por ella. Este logro es por ella y para ella; es testimonio de la fuerza que me dio para seguir adelante cuando parecía imposible.

A la Asociación ASORECICLAMOS, por abrirme sus puertas, por permitirme ser parte de su proceso organizativo y por enseñarme que la dignidad también se construye colectivamente. A la señora Rocío, por permitirme pertenecer a la asociación y confiar en mí. A mis compañeros recicladores, por su lucha diaria, por su resistencia y por compartir conmigo sus historias, memorias y aprendizajes.

A la señora Zully, abuela paterna de mi hija, quien cuidó de ella en momentos clave de este proceso y quien, además, ejercía el oficio de recicladora mientras yo asistía a la universidad. Su apoyo y ese cuidado cotidiano hicieron posible que pudiera continuar con mi formación académica.

Al colegio INCADE, por brindarme el tiempo, la experiencia y el espacio para desarrollar actividades pedagógicas, aprender desde la práctica y crecer junto a mis estudiantes. A la profe Nidia y al profesor Marcelo, por confiar en mí y acompañarme en distintos momentos de este proceso formativo.

A los profesores Jonathan Caro, Cesar Baez y Andrea González Lizarazo, por su orientación académica, sus enseñanzas y aportar de manera significativa a mi formación y a la construcción de este trabajo.

A mis amigos y amigas, en especial a Fercho, José Luis, Camilo, Linda y Olguita, quienes me acompañaron con afecto, apoyo y cuidado, incluso en lo cotidiano, ayudando con mi hija y sosteniéndome emocionalmente cuando más lo necesité.

A mis sobrinos, a mis tíos, a mi cuñado y, de manera muy especial, a mi tía Gladys, quien fue para mí una segunda mamá y un apoyo incondicional en distintos momentos de mi vida.

Finalmente, agradezco a todas las personas que hicieron parte de este proceso, a quienes conocí en el camino y de una u otra forma, contribuyeron a que este trabajo llegara a

su cierre. Este logro no es individual: es el resultado de una red de afectos, esfuerzos, aprendizajes y resistencias compartidas.

RESUMEN

El presente trabajo de investigación corresponde a una autoetnografía que narra los procesos de dignificación y la experiencia organizativa de los recicladores de oficio pertenecientes a la asociación ASORECICLAMOS en los municipios de Mosquera y Funza (Cundinamarca). La investigación surge de la necesidad de compartir la experiencia interior y exterior de la autora como recicladora evidenciando procesos de resistencia frente a la precarización laboral, la informalidad histórica y la estigmatización social que ha marcado el reciclaje en Colombia.

Desde un enfoque cualitativo y autoetnográfico, se recuperaron memorias organizativas. El dialogo con pares y la reflexión individual y colectiva permitieron identificar las transformaciones vividas por los recicladores en el tránsito del trabajo informal y desarticulado hacia procesos de organización asociativa. En este marco, la memoria colectiva se reconoce como un eje fundamental para la transmisión de saberes, la reconstrucción de la historia del oficio y el fortalecimiento de la identidad comunitaria.

Asimismo, la formalización del reciclaje aparece como un proceso ambivalente: por un lado, ha posibilitado mayor visibilidad institucional, acceso a reconocimientos legales y mejoras en las condiciones de trabajo; por otro, ha generado tensiones relacionadas con la burocratización, la competencia por los materiales y la adaptación a normativas que no siempre dialogan con las dinámicas reales del oficio. En este contexto, la dignificación del trabajo se construye no solo desde el reconocimiento normativo, sino desde el respeto social, el fortalecimiento organizativo y la valoración de los recicladores como actores fundamentales del sistema de aprovechamiento de residuos.

De manera transversal, la investigación destaca la formación política como un proceso que se da tanto en espacios formales como en las prácticas cotidianas de la asociación, donde

la participación en asambleas, reuniones y acciones colectivas fortalece el liderazgo, la conciencia de derechos y la capacidad de incidencia territorial. Finalmente, el trabajo incorpora una reflexión situada que permite comprender el reciclaje como una experiencia vital, colectiva y política, aportando a la visibilización de los recicladores como sujetos de derechos y constructores de memoria, dignidad y transformación social.

Contenido

Reconocimiento y dignificación del oficio del reciclaje: un ejercicio	1
AGRADECIMIENTOS	2
RESUMEN	5
1. Problematizando mi historia de vida	9
1.1. Objetivo general	12
1.1.1. Objetivos específicos	12
1.2. Estado del arte	12
1.1.2. Condiciones laborales	13
1.2.2. Los recicladores como protagonistas de la sostenibilidad ambiental	17
1.2.3. Asociaciones	19
1.2.4. Dimensión administrativa y económica	20
1.2.5. Dimensión política y social	22
1.3. Conclusiones	23
2. Conceptualización: mis herramientas teóricas y metodológicas	25
2.1. Asociaciones como espacios de memoria y formación política	25
2.2. Memoria y luchas políticas	28
2.3. Recicladores como sujetos sociales, históricos y políticos	31
2.4. Identidad colectiva, dignidad, formalización y formación política	33
2.4.1. Dignidad como reconocimiento social	33
2.4.2. La formalización como dignificación	36
2.4.3. Formación política: una apuesta pedagógica	37
2.5. Autoetnografía como proceso y producto	40
2.5.1. Estrategias metodológicas y técnicas de construcción de la información	42
2.6. Dimensión formativa del proceso investigativo	43
3. El relato de una experiencia emergente: cuerpo, maternidad y reciclaje: una autoetnografía situada	45
3.1. Momento 1. Doña Rocío: cuando la historia empieza antes de mí	45
3.2. Momento 2. Llegar a Mosquera: cuando mi historia se cruza con la de ellos	48
3.3. Momento 3. Ser recicladora y ser madre: cuando el cuerpo empezó a sostenerlo todo ...	50
3.4. Momento 4. De la fundación a la asociación: organizarse para no desaparecer	52
3.5. Momento 5. Dignificar el oficio: cuando el cuerpo deja de jalar solo	55
3.6. Momento 6. Antes y después de la tarifa: subsistir, callar y aprender a nombrarme en medio de la pandemia	57
3.7. Momento 7. Epifanías del reciclaje: aprender a mirar el mundo desde lo que otros	

desechan	62
3.8. Momento 8. Alejandra hoy: cerrar, resignificar y volver a elegirme	64
3.9. Cierre reflexivo. La experiencia como proceso formativo y pedagógico.....	66
4. Educación popular, formación política y experiencia autoetnográfica.....	69
REFERENCIAS.....	73

1. Problematizando mi historia de vida 1

Este proyecto nace de una historia que no comenzó como investigación. Comenzó como experiencia. Durante varios años, el reciclaje formó parte de mi vida cotidiana, atravesando mis rutinas, mis vínculos familiares y mi manera de comprender el mundo. En ese momento, no pensaba en categorías ni en marcos teóricos; simplemente vivía el oficio, lo sostenía y lo habitaba. Solo con el tiempo esa experiencia empezó a incomodarme, a hacerse pregunta, a volverse problema.

Mis primeros acercamientos al reciclaje ocurrieron mucho antes de ejercerlo como oficio. En el año 2012, cuando llegué a Bogotá para estudiar en el SENA, mis recorridos diarios por el centro de la ciudad me llevaron a transitar por el barrio Santa Fe. Allí observé un territorio donde convivían la prostitución, la presencia de habitantes de calle y el trabajo de los recicladores. Cada mañana veía personas buscando en la basura su sustento diario, empujando carros cargados de material que para muchos representaba desecho, pero para ellos significaba sobrevivir. En ese momento yo observaba desde afuera: reconocía la existencia de ese mundo, pero también su invisibilidad y su distancia frente al mío.

Con el paso del tiempo, y ya viviendo en los municipios de Mosquera y Funza, esa distancia comenzó a reducirse. Allí pude ver con mayor claridad la magnitud del reciclaje como actividad cotidiana. Grandes bodegas y chatarrerías acumulaban material y dinero, mientras quienes recorrían las calles recolectándolo apenas lograban sostenerse. Empecé a notar una constante: el mayor esfuerzo recaía sobre quienes menos recibían. Esa observación inicial, todavía sin nombre ni categoría, comenzó a inquietarme.

¹ Este trabajo fue escrito íntegramente por la autora. De manera puntual, se utilizó una herramienta de inteligencia artificial (Google Gemini) como apoyo para la corrección de estilo y mejora de la redacción, sin que ello implicara la generación de contenidos, análisis o resultados.

Por circunstancias económicas, empecé a ejercer el reciclaje como oficio. Ese momento marcó un quiebre en mi historia. Pasé de mirar a vivir. El reciclaje dejó de ser algo que veía en el camino y se convirtió en una experiencia corporal y emocional. Las salidas tempranas, las largas caminatas, la carga de bolsas pesadas y el traslado del material se volvieron parte de mi día a día. Con ello llegaron también las miradas de rechazo, los comentarios despectivos y una sensación persistente de no ser bienvenida en muchos espacios. En más de una ocasión sentí que no solo el material que cargaba era considerado basura, sino también quien lo transportaba.

A lo largo de esta experiencia fui notando que el malestar no provenía únicamente del cansancio físico. Había algo más difícil de nombrar: una forma constante de trato desigual, de desvalorización y de silenciamiento. En conjuntos residenciales, los espacios destinados a la basura se convertían en escenarios de conflicto. Las quejas, los reclamos y las actitudes de desprecio eran frecuentes. Al momento de vender el material, aparecían nuevas tensiones: los zorros, que son carros de reciclaje eran vistos como estorbo, y no era raro recibir gritos, pitos o agresiones verbales.

Vivir el reciclaje en primera persona implicó también enfrentar tensiones dentro del entorno familiar y comunitario. En algunos momentos sentí la necesidad de explicarme, de justificar por qué hacía ese trabajo, como si fuera algo que debía excusarse. Al mismo tiempo, sabía que era un oficio que sostenía la vida y garantizaba la subsistencia. Esa contradicción — entre la necesidad y el desprecio— se volvió una constante que me obligó a detenerme a pensar.

Con el tiempo, empecé a acercarme a otros recicladores y recicladoras, no solo desde el trabajo cotidiano, sino también desde espacios organizativos. Allí escuché historias similares a la mía: trayectorias marcadas por la exclusión, el esfuerzo sostenido y la búsqueda de mejores condiciones. En esos encuentros comprendí que muchas de las situaciones que yo

vivía no eran casos aislados, sino experiencias compartidas. Lo que parecía individual tenía una dimensión colectiva.

Mi vinculación con la organización ASORECICLAMOS me permitió escuchar relatos sobre los primeros años de organización, las dificultades enfrentadas y las estrategias construidas para defender el oficio. En reuniones y conversaciones informales circulaban memorias sobre luchas pasadas, conflictos con instituciones y aprendizajes colectivos. Esos relatos no solo contaban el pasado; también enseñaban a leer el presente y a proyectar el futuro. Sin llamarlo así, allí se estaba formando una manera de pensar políticamente el oficio.

Al mismo tiempo, empecé a notar que los procesos institucionales orientados a regular el reciclaje generaban sentimientos encontrados. Para algunos, representaban una oportunidad; para otros, una carga difícil de asumir. Trámites, requisitos y nuevas exigencias parecían no dialogar siempre con la realidad cotidiana del trabajo. Estas tensiones aparecían una y otra vez en las conversaciones, sin resolverse del todo.

Fue en este punto cuando mi historia personal dejó de ser solo un recorrido vital y comenzó a convertirse en problema de investigación. Comprendí que lo que había vivido —y lo que otros vivían conmigo— hablaba de algo más amplio: de cómo se construyen las trayectorias del reciclaje, de cómo se transmiten las experiencias, de cómo se enfrentan las dificultades y se intenta dignificar un oficio históricamente despreciado.

Este proyecto no busca explicar el reciclaje desde afuera, ni hablar sobre los recicladores como si fueran otros ajenos. Busca partir de una experiencia vivida organizar preguntas, tensiones y sentidos que permitan comprender cómo los recicladores de ASORECICLAMOS han ido construyendo formas de narrarse, de organizarse y de resistir frente a condiciones adversas en los municipios de Mosquera y Funza.

Desde allí se configura el problema que orienta esta investigación: una pregunta que no surge de la teoría, sino de la vida misma, y que se irá profundizando a lo largo del proceso

investigativo desde la autoetnografía.

¿Cómo mi experiencia autoetnográfica como recicladora de oficio da cuenta de procesos pedagógicos de memoria y formación política que han transformado el reconocimiento del reciclaje en Mosquera y Funza?

1.1. Objetivo general

Recuperar las memorias, luchas políticas y procesos de dignificación de los recicladores y recicladoras de oficio de la organización ASORECICLAMOS de los municipios de Mosquera y Funza a partir de la autoetnografía de una maestra/recicladora.

1.1.1. Objetivos específicos

- Identificar las tendencias discursivas predominantes en las investigaciones sobre la configuración de asociaciones de recicladores de oficio en Colombia.
- Aplicar la autoetnografía como estrategia de reconstrucción de memoria con la comunidad de ASORECICLAMOS, que permita visibilizar luchas, resistencias y logros colectivos.
- Narrar y analizar, desde una perspectiva autoetnográfica, la experiencia de una maestra recicladora de oficio, identificando los aprendizajes, tensiones y transformaciones vividas en el ejercicio del reciclaje, así como sus aportes a los procesos de reconocimiento y dignificación de la labor de los recicladores en los municipios de Mosquera y Funza.

1.2. Estado del arte

Para el presente estado del arte se revisaron documentos académicos, artículos,

monografías y trabajos de grado relacionados con la población recicladora en Colombia y América Latina en distintos repositorios y paginas como Dialnet y Google scholar. Esta decisión respondió a que, en el momento de la búsqueda documental, los estudios sobre recicladores en Colombia eran aún escasos y se concentraban principalmente en ciudades capitales, dejando de lado las experiencias locales en municipios intermedios como Funza y Mosquera. Dado que ASORECICLAMOS es una organización reciente, no existen aún investigaciones específicas sobre su experiencia; sin embargo, se identificaron quince trabajos relevantes e que permiten contextualizar el problema de investigación y que se agrupan en cuatro tendencias: condiciones laborales, experiencias de vida, los recicladores como protagonistas de la sostenibilidad ambiental y asociaciones. Esta revisión regional y nacional busca no solo organizar el conocimiento existente, sino también identificar vacíos que justifican la pertinencia de una propuesta centrada en la autoetnografía para pensar las luchas políticas y procesos de dignificación de los recicladores de Funza y Mosquera.

1.1.2. Condiciones laborales

Uno de los temas más recurrentes en los estudios sobre recicladores son las condiciones laborales precarias en las que desempeñan su oficio. Rubio (2015), en un análisis comparado en Buenos Aires, Cali y Monterrey, evidencia la informalidad del trabajo reciclador, con jornadas extensas, bajos ingresos y exposición permanente a riesgos físicos. Estos hallazgos coinciden con lo planteado por Gómez-Correa, Agudelo-Suárez y Ronda-Pérez (2008) en Medellín, donde los recicladores y sus familias enfrentan enfermedades respiratorias, desnutrición y un acceso muy limitado a servicios de salud. Beltrán (2019) profundiza en Bogotá, destacando cómo a la precarización laboral se suma la estigmatización social, lo cual impacta negativamente en la autoestima y el reconocimiento de los recicladores como trabajadores.

El común denominador en esta tendencia es que, pese a los avances jurídicos alcanzados por los recicladores, persisten brechas estructurales que los mantienen en condiciones de vulnerabilidad. El acceso desigual a seguridad social, la falta de contratos

formales y los riesgos derivados de la manipulación de residuos peligrosos evidencian la necesidad de políticas públicas que reconozcan el reciclaje como trabajo digno. La literatura coincide en que la dignificación del oficio depende en gran medida de su inclusión en la agenda estatal y en el fortalecimiento de la organización colectiva.

1.2.1. Experiencias de vida

La segunda tendencia en el estado del arte se centra en la comprensión de las subjetividades y experiencias de vida de los recicladores, buscando recuperar sus relatos, voces y memorias para comprender las condiciones sociales, económicas y políticas que los atraviesan. Este enfoque reconoce que las trayectorias de los recicladores no son solo datos estadísticos, sino historias situadas que expresan exclusión, dignificación y resistencia.

Vargas (2016) recoge testimonios que muestran cómo, en medio de la precariedad y el estigma, los recicladores construyen identidades colectivas, transmiten saberes y generan procesos de resistencia comunitaria. Villegas (2016) explora la constitución de los recicladores como sujetos sociales, atravesados por dinámicas de estigmatización y dignificación, señalando que el reciclaje no es únicamente una estrategia de supervivencia, sino un espacio de lucha simbólica y de construcción de reconocimiento. De manera complementaria, Basantes (2019) rescata en Ecuador las historias de vida de recicladores como Berta Chalco, evidenciando la dureza de sus jornadas, la falta de ingresos suficientes y el peso del estigma, pero también el orgullo y la fuerza de su oficio. Estos estudios coinciden en que la vida de los recicladores está marcada por tensiones entre exclusión y resistencia, lo que convierte sus relatos en una fuente clave para comprender sus procesos de organización.

La relevancia de esta tendencia radica en que, al recuperar los relatos de vida, se fortalece la memoria social y se abren caminos para procesos de dignificación y empoderamiento político. Sin embargo, en esta investigación la memoria social no constituye

un fin en sí mismo, sino un recurso metodológico que orienta la comprensión de las experiencias de los recicladores. Desde un enfoque cualitativo y etnográfico, se propone el uso de relatos de vida como herramienta para reconstruir trayectorias colectivas, visibilizar exclusiones y reconocer las formas de organización y resistencia desarrolladas por el gremio. Así, la memoria se convierte en una estrategia pedagógica y analítica para interpretar experiencias, proyectar transformaciones sociales y fortalecer identidades colectivas.

De manera complementaria, el informe de la UAESP —Unidad Administrativa Especial de Servicios Públicos— (2021) caracteriza distintos tipos de recicladores en Bogotá, mostrando la diversidad de formas de trabajo, desde quienes recorren la ciudad con “zorras de tracción humana” hasta quienes están vinculados a asociaciones formalizadas. Este estudio enfatiza la necesidad de políticas públicas diferenciadas que respondan a las heterogéneas realidades del sector y no impongan modelos homogéneos que desconozcan los procesos comunitarios.

La articulación entre Parra (2015) y la UAESP (2021) resulta clave para comprender el momento actual del gremio. Parra documenta cómo las luchas jurídicas —especialmente las sentencias de la Corte Constitucional— lograron abrir el camino para la inclusión de los recicladores en la prestación del servicio público de aseo, convirtiéndose en un hito para América Latina. Sin embargo, la inclusión normativa trajo consigo nuevas tensiones: la formalización exige cumplir requisitos técnicos y administrativos que no siempre se ajustan a las dinámicas de las organizaciones comunitarias. Aquí aparece lo que podemos llamar una tensión lógica institucional, en la que por un lado se busca garantizar derechos y dignificar el oficio, pero por otro se generan cargas y procedimientos que pueden limitar la autonomía de las organizaciones y despolitizar sus luchas.

Analizar esta tensión es fundamental para comprender el contexto en el que se desarrollan las experiencias de los recicladores. En esta investigación, se asume que la memoria social y los relatos de vida constituyen herramientas analíticas y pedagógicas para

identificar cómo dichas tensiones son vividas por los recicladores, cómo inciden en la construcción de su identidad y cómo impulsan nuevas formas de organización colectiva.

En síntesis, las experiencias de vida de una recicladora constituyen una entrada privilegiada para comprender la experiencia cultural de ASORECICLAMOS, sus luchas y sus procesos de dignificación. La memoria social, en este marco, se convierte en un puente entre lo individual y lo colectivo, entre el pasado y el futuro, y entre la experiencia vivida y las disputas por el reconocimiento social y político.

1.2.2. Los recicladores como protagonistas de la sostenibilidad ambiental

Otra línea de análisis aborda el papel de los recicladores en la gestión integral de residuos sólidos. Solíz (2019) plantea que la gestión de residuos no puede pensarse sin los recicladores de base, ya que constituyen un actor fundamental para la sostenibilidad ambiental. Su propuesta se centra en un enfoque de justicia ambiental, donde los recicladores son reconocidos no como un problema, sino como una solución ecológica y social.

Parra (2015), por su parte, documenta los procesos en Bogotá que llevaron a la inclusión de los recicladores en la prestación del servicio público de aseo, gracias a sentencias de la Corte Constitucional. Este cambio jurídico fue un hito en América Latina, pues reconoció a los recicladores como parte del sistema de gestión de residuos, pero también abrió tensiones en torno a la formalización y las nuevas exigencias estatales que no siempre se ajustan a las dinámicas comunitarias y a las capacidades reales de las asociaciones.

En este contexto, cobra relevancia el informe de la UAESP (2021) —Unidad Administrativa Especial de Servicios Públicos— que caracteriza distintos tipos de recicladores en Bogotá, evidenciando la diversidad de formas de trabajo que existen dentro del gremio. El

estudio distingue entre recicladores de oficio que trabajan en rutas selectivas, bodegueros que compran y acopian material, recicladores carreteros que recorren barrios y calles recolectando residuos de manera independiente, y recicladores estacionarios que trabajan en puntos fijos como plazas de mercado o sitios de disposición.

Esta diversidad explica por qué la formalización ha generado tensiones: no todos los recicladores cuentan con la misma capacidad organizativa, infraestructura, capital económico o formación técnica para cumplir con los requisitos que el Estado les exige (facturación, afiliación al sistema de seguridad social, inscripción en bases de datos oficiales). Para muchos, estos procesos se convierten en barreras de acceso que amenazan con excluirlos en lugar de incluirlos.

Por ello, el informe de la UAESP no solo caracteriza, sino que enfatiza la necesidad de diseñar políticas públicas diferenciadas, que reconozcan las particularidades de cada tipo de reciclador y acompañen con asistencia técnica y financiera a quienes se encuentran en condiciones más precarias. Esta mirada también permite entender que el proceso de institucionalización no debe homogeneizar al gremio, sino promover el respeto por la autonomía de las asociaciones y fortalecer sus formas organizativas propias, en coherencia con su historia y sus dinámicas comunitarias.

En esta tendencia se observa que, aunque los recicladores han ganado espacio en la política pública de gestión de residuos, persisten tensiones entre la lógica institucional y la autonomía de las organizaciones. Estas tensiones evidencian la importancia de visibilizar los saberes y prácticas de los recicladores como un aporte a la construcción de una economía circular y sostenible.

1.2.3. Asociaciones

Una parte significativa de la literatura revisada se ha enfocado en los procesos de organización y asociatividad de los recicladores como estrategia para lograr reconocimiento, mejorar sus condiciones de trabajo y fortalecer su identidad colectiva. Cifuentes y Bello (2019), en su diagnóstico sobre recicladores en Mosquera, dedican un apartado específico a las asociaciones existentes en el municipio. Allí identifican distintos niveles de formalización: algunas asociaciones han logrado consolidar una estructura administrativa básica, constituirse legalmente y establecer contratos con entidades públicas para la prestación del servicio de recolección y aprovechamiento de residuos, mientras que otras se mantienen en una situación de alta vulnerabilidad, sin personería jurídica vigente, con capacidades de gestión limitadas y con dificultades para sostener procesos organizativos en el tiempo.

En el caso particular de ASORECICLAMOS, Cifuentes y Bello (2019) señalan que es una de las experiencias más representativas de la región por su trayectoria en la formalización y su participación en espacios de concertación municipal. Sin embargo, advierten que la asociación aún enfrenta desafíos significativos, como la falta de infraestructura adecuada, la necesidad de capacitación en temas contables, administrativos y la dependencia de intermediarios para la comercialización del material, lo que reduce el margen de ganancia de los recicladores. Esta observación es clave para la presente investigación, ya que permite comprender las tensiones que atraviesan las organizaciones locales entre el avance hacia la formalización y las limitaciones estructurales que persisten.

1.2.4. Dimensión administrativa y económica

Desde el punto de vista administrativo y económico, la literatura evidencia que las asociaciones de recicladores en Colombia enfrentan profundas limitaciones estructurales que obstaculizan su sostenibilidad a largo plazo. Cifuentes y Bello (2019) identifican que, aunque la asociatividad ha permitido ciertos avances en términos de formalización y visibilidad, muchas organizaciones continúan dependiendo de bodegas intermediarias para la venta del material reciclado, lo que reduce los ingresos reales que perciben sus miembros. Este fenómeno refleja la persistencia de relaciones desiguales dentro de la cadena del reciclaje, en la cual los recicladores de base siguen ubicados en los eslabones más frágiles del sistema económico.

Las asociaciones suelen carecer de planes de gestión interna que definan estrategias sostenibles de organización, comercialización y distribución de recursos. Cifuentes y Bello (2019) señalan que las dificultades administrativas y financieras se deben, en gran medida, a la falta de formación en áreas clave como contabilidad, liderazgo, gestión empresarial y manejo de recursos humanos. Aunque los municipios y entidades como la Unidad Administrativa Especial de Servicios Públicos (UAESP) han implementado programas de capacitación y apoyo técnico, estos esfuerzos son en muchos casos puntuales, fragmentados o con una mirada más asistencialista que transformadora. De este modo, las organizaciones no logran consolidar autonomía económica ni fortalecer su capacidad de negociación en los mercados locales y regionales.

El informe de la UAESP (2021) caracteriza distintos tipos de recicladores en Bogotá, mostrando la diversidad de formas de trabajo existentes y la coexistencia de modelos formales e informales. Este estudio resalta que no todos los recicladores se encuentran en las mismas condiciones: mientras algunos hacen parte de asociaciones con cierto grado de consolidación, otros continúan ejerciendo el oficio de manera independiente, sin acceso a seguridad social ni a

mecanismos de comercialización justa. Esta heterogeneidad genera grandes brechas dentro del gremio y limita la posibilidad de construir una política pública verdaderamente incluyente.

De manera complementaria, otros estudios como los de Medina (2017) y Torres (2011) han documentado que muchas asociaciones enfrentan problemas recurrentes, entre los que destacan la ausencia de planes de gestión interna, la falta de capacitación en administración y liderazgo, la carencia de acceso a créditos o programas de apoyo financiero y la dificultad para competir en igualdad de condiciones con grandes operadores privados del sector de aseo. Estas carencias revelan una tensión constante entre la lógica institucional —que exige requisitos técnicos y administrativos complejos— y las condiciones reales de las organizaciones, que operan en contextos de precariedad y con recursos limitados.

Esa tensión entre la lógica institucional y la autonomía organizativa se convierte en uno de los principales desafíos para el fortalecimiento del sector. Mientras las políticas públicas buscan integrar a los recicladores en el sistema formal de aprovechamiento de residuos, las organizaciones deben enfrentar procesos burocráticos y exigencias normativas que no siempre se ajustan a su realidad económica o social. En muchos casos, la formalización se traduce en una sobrecarga administrativa que recae en líderes comunitarios sin formación técnica, afectando la sostenibilidad y la cohesión interna de las asociaciones.

En este sentido, aunque la asociatividad ha permitido ciertos avances en la visibilización del gremio y en la defensa de derechos, persisten desigualdades estructurales que dificultan el cierre de brechas económicas para los recicladores. Por ello, más que promover la formalización como un fin en sí mismo, resulta necesario fortalecer los procesos de formación administrativa, liderazgo participativo y autogestión económica. Solo a partir del reconocimiento de las particularidades de cada organización será posible construir políticas diferenciales que dignifiquen la labor de los recicladores y garanticen su sostenibilidad en el tiempo.

1.2.5. Dimensión política y social

Parra (2015), en su investigación sobre la Asociación de Recicladores de Bogotá (ARB), señala que la asociatividad no solo cumple una función económica, sino que se constituye en un espacio de disputa política y de construcción de legitimidad social. Según la autora, la ARB logró transformar el oficio del reciclaje en una bandera de lucha por los derechos laborales y sociales de sus integrantes, impulsando cambios normativos que han tenido repercusión nacional e incluso regional. Este proceso demuestra que las organizaciones de recicladores no se limitan a gestionar material reciclable, sino que actúan como actores políticos capaces de incidir en la formulación de políticas públicas y de generar procesos de empoderamiento colectivo. En este marco, las asociaciones se consolidan como escuelas de aprendizaje político, donde los recicladores desarrollan habilidades de negociación, vocería, gestión de proyectos y participación en espacios institucionales.

De forma complementaria, los estudios de Medina (2017) y Torres (2011) destacan que las asociaciones de recicladores son también escenarios donde se construyen y fortalecen identidades colectivas. Estas organizaciones funcionan como espacios de encuentro y de socialización en los que se comparten experiencias, se intercambian saberes y se tejen lazos solidarios entre sus miembros. Las reuniones periódicas, en las que se toman decisiones, se convierten en ejercicios democráticos que permiten a los recicladores deliberar sobre los problemas comunes y establecer acuerdos internos para la distribución del trabajo y los ingresos.

Asimismo, Medina (2017) resalta la importancia de la transmisión intergeneracional de saberes, especialmente en torno a las rutas de recolección, las técnicas de clasificación de material y las estrategias de defensa del oficio. Estos saberes no solo garantizan la continuidad del trabajo, sino que también refuerzan el sentimiento de identidad gremial y el orgullo por la

labor desempeñada. Del mismo modo, Torres (2011) señala que las asociaciones promueven prácticas comunitarias como las mingas o jornadas de trabajo colectivo, en las cuales los recicladores colaboran para mejorar sus espacios de acopio, limpiar sus áreas de trabajo o apoyar a compañeros en situaciones de vulnerabilidad.

Estas prácticas cotidianas trascienden lo meramente instrumental, pues no se limitan a optimizar la recolección o la eficiencia en el acopio de material. Por el contrario, cumplen una función profundamente política y social, en tanto fomentan la cohesión grupal, fortalecen el sentido de pertenencia y promueven valores de cooperación y solidaridad. En este sentido, las asociaciones se constituyen como espacios de resistencia frente a las dinámicas de exclusión y como lugares donde los recicladores reconstruyen su dignidad a través de la acción colectiva.

Finalmente, los hallazgos de estos autores muestran que las asociaciones de recicladores son mucho más que estructuras organizativas: son comunidades de sentido que permiten transformar las relaciones sociales y económicas que históricamente los han marginado. En ellas, la acción política se entrelaza con la vida cotidiana, y el trabajo se resignifica como un acto de dignificación y reconocimiento mutuo. Así, la dimensión política y social del reciclaje revelan el potencial de estas organizaciones para construir ciudadanía crítica, fortalecer la memoria colectiva y consolidar la identidad de los recicladores como sujetos sociales y políticos.

1.3. Conclusiones

La revisión bibliográfica evidencia cuatro perspectivas que han marcado la investigación sobre recicladores: la precariedad laboral, las experiencias de vida atravesadas por la exclusión y la resistencia, la participación en la gestión de residuos y la organización en asociaciones. Sin embargo, se identifican vacíos importantes. En Colombia, aunque existen investigaciones sobre

la Asociación de Recicladores de Bogotá (Parra, 2015) y diagnósticos de asociaciones en municipios como Mosquera (Cifuentes & Bello, 2019), estos trabajos se han enfocado en aspectos organizativos, jurídicos y sociales, sin profundizar en la reconstrucción de historias de vida y memorias locales ni en su articulación con procesos de dignificación. Esta ausencia de estudios centrados en la memoria de asociaciones de base justifica la pertinencia de la presente investigación, que busca recuperar la experiencia de ASORECICLAMOS a través de la autoetnografía de una maestra/recicladora perteneciente a dicha organización.

2. Conceptualización: mis herramientas teóricas y metodológicas

En coherencia con el estado del arte y la formulación del problema, este capítulo desarrolla la conceptualización de la investigación, organizada en tres grandes categorías analíticas: **los recicladores como sujetos sociales**, históricos y políticos; **la memoria y las luchas políticas**; la **identidad colectiva, dignificación e institucionalización**. Estas categorías permiten comprender la experiencia de los recicladores no solo desde su dimensión laboral, sino como actores que producen sentidos, construyen memoria, disputan reconocimiento y consolidan procesos de organización comunitaria.

El análisis se sustenta en los aportes de Mendoza y Rodríguez (2006) sobre memoria social, de Halbwachs (2004) sobre marcos colectivos de la memoria, de Jelin (2002) sobre memorias en disputa, de Zemelman (1992, 1995) respecto a la construcción de sujetos históricos y políticos, de Honneth (1997) sobre la teoría del reconocimiento, y de autores clásicos como Touraine (1987) y Castoriadis (1997) en la definición de sujeto social.

2.1. Asociaciones como espacios de memoria y formación política

En esta investigación se asume que las asociaciones de recicladores no pueden ser comprendidas únicamente como estructuras organizativas orientadas a la gestión económica o administrativa del material reciclable. Por el contrario, se entienden como espacios sociales y políticos donde se produce memoria colectiva, se configuran procesos de formación política y se construyen sentidos compartidos sobre el oficio del reciclaje y su lugar en la sociedad. Esta postura se distancia de miradas instrumentales que reducen la organización a un medio operativo y propone comprenderla como un escenario formativo y simbólico fundamental para la dignificación del reciclador como sujeto de derechos.

Desde esta perspectiva, las asociaciones constituyen lugares donde los recicladores narran sus historias, reconstruyen colectivamente sus trayectorias de vida y transmiten experiencias a otros miembros del gremio, fortaleciendo la identidad colectiva y la continuidad del oficio. Retomando a Mendoza y Rodríguez (2006), la memoria social cumple una función constitutiva en los sujetos colectivos, en tanto permite recuperar las experiencias vividas y transformarlas en aprendizajes compartidos. En el caso de las asociaciones de recicladores, esta memoria no se limita al recuerdo del pasado, sino que opera como un recurso político y pedagógico que resignifica el presente y orienta proyectos.

La investigación se apoya en la noción de memoria colectiva propuesta por Halbwachs (2004), quien plantea que los recuerdos no existen de manera aislada, sino que se sostienen y actualizan en el marco de los grupos sociales. En este sentido, las asociaciones actúan como espacios donde la memoria del gremio se mantiene viva: en reuniones, asambleas y encuentros cotidianos, los recicladores comparten relatos, evocan hitos de lucha, reconocen momentos de exclusión y celebran conquistas organizativas. Estas prácticas contribuyen a la consolidación de un patrimonio simbólico común que fortalece el sentido de pertenencia y cohesión interna.

Desde esta investigación, se reconoce que las asociaciones cumplen una doble función inseparable. Por un lado, una función productiva y organizativa, relacionada con la formalización del trabajo reciclador y la mejora de las condiciones de negociación frente a otros actores. Por otro lado, una función simbólica, política y formativo, en la que se construyen sentidos de dignidad, se ejercita la participación y se forman sujetos colectivos. En coherencia con Torres (2023), se entiende que la construcción de lo común en los sectores populares se produce a través de prácticas de solidaridad, resistencia y organización, prácticas que encuentran en las asociaciones un espacio privilegiado de materialización.

La formación política, desde la perspectiva de esta investigación, no se concibe como un proceso escolarizado o externo, sino como una dinámica que emerge de la experiencia organizada. En diálogo con Freire (1970), se asume que la formación política se da cuando los sujetos reflexionan críticamente sobre su realidad, reconocen las condiciones históricas que atraviesan su vida cotidiana y se organizan para transformarlas. En este sentido, se reconoce la autoetnografía como una forma de materializar las reflexiones de una maestra/recicladora que acompañó las luchas de la organización durante su proceso de formación académica. Las asociaciones de recicladores funcionan como espacios de educación popular, donde se aprende a debatir, a tomar decisiones colectivas, a dialogar con instituciones y a construir una voz política propia frente al Estado, la sociedad y la academia.

Asimismo, siguiendo a Jelin (2002), esta investigación entiende la memoria como un campo de disputa política. Las narrativas dominantes han tendido a invisibilizar a los recicladores o a representarlos desde el asistencialismo y la marginalidad. Frente a ello, las asociaciones se configuran como espacios contrahegemónicos donde se recuperan y producen narrativas propias sobre el reciclaje como trabajo digno, sobre la organización como forma de resistencia y sobre la memoria como herramienta de lucha. Registrar, sistematizar y compartir estas experiencias se convierte en una estrategia pedagógica, política y formativa que fortalece la acción colectiva.

En consecuencia, esta investigación conceptualiza las asociaciones de recicladores como espacios de memoria viva y formación política, donde se generan saberes situados, se consolidan identidades colectivas y se gestan procesos de dignificación y transformación social. En los contextos de Funza y Mosquera, estas asociaciones representan el punto de articulación entre la práctica cotidiana del reciclaje, la reflexión crítica sobre las condiciones del oficio y la construcción colectiva de reconocimiento social y político.

2.2. Memoria y luchas políticas

La memoria es un eje articulador entre el sujeto y la historia, un espacio en el que se cruzan las experiencias individuales y los relatos colectivos que dotan de sentido a la acción. Halbwachs (2004) plantea que “la memoria colectiva no es una simple suma de recuerdos individuales, sino la reconstrucción del pasado a partir de los marcos sociales que lo hacen posible” (p. 53). Es decir, lo que un individuo recuerda no es independiente de los grupos a los que pertenece, sino que está mediado por las categorías, valores y referentes compartidos por la colectividad. Esto tiene una implicación fundamental para esta investigación: los recuerdos de los recicladores solo adquieren su pleno significado en la medida en que se insertan en las narrativas colectivas del gremio y en los marcos sociales que les permiten comprender su lugar en la historia.

Halbwachs (2004) advierte que la memoria colectiva es un proceso dinámico y social, pues no constituye una reproducción fiel del pasado, sino una reconstrucción que se realiza desde las necesidades, preocupaciones y marcos del presente. En este sentido, la memoria de los recicladores se resignifica constantemente, ya que debe responder a nuevos desafíos como la formalización del oficio, las transformaciones derivadas de las políticas públicas y la competencia con grandes operadores del servicio de aseo. Esta característica de la memoria permite comprender que recordar no es un ejercicio neutro ni meramente evocativo, sino una práctica social y política que posibilita situarse críticamente frente al presente y proyectar horizontes de futuro.

En la misma línea, Jelin (2002) sostiene que la memoria es un espacio de disputa, donde se enfrentan narrativas dominantes e historias subalternas. La autora explica que el acto de recordar implica una tensión entre recordar y silenciar, entre lo que es reconocido públicamente y lo que permanece en los márgenes. Desde esta perspectiva, el ejercicio de memoria de los recicladores es profundamente político: al narrar sus trayectorias, desafían el relato hegemónico que los ha reducido a la marginalidad y colocan en el centro de la discusión su aporte social y ambiental. Recordar, en este contexto, no es solo traer el pasado, sino disputar sentidos y construir legitimidad en el presente.

Mendoza y Rodríguez (2006) amplían esta comprensión al señalar que “la memoria social es pedagógica porque permite aprender de la experiencia vivida y orientar las prácticas hacia la transformación” (p. 16). La memoria, entonces, es un recurso educativo y organizativo: posibilita que los recicladores revisen su historia, identifiquen los patrones de exclusión que los han afectado y diseñen estrategias para revertirlos. La reconstrucción de relatos de vida, los encuentros comunitarios y la sistematización de experiencias se convierten en espacios donde se construye subjetividad política y se potencia la capacidad de agencia.

Zemelman (1995) ayuda a profundizar esta idea al afirmar que “la historicidad del sujeto se expresa en su capacidad de articular memoria y proyecto” (p. 67). La memoria no es solo recuerdo, sino un dispositivo para proyectar posibilidades de acción. El sujeto histórico se constituye en el momento en que convierte la experiencia acumulada en horizonte de futuro. Para los recicladores, este proceso es esencial: implica reconocer que su oficio no es un accidente ni una fatalidad, sino el resultado de un proceso histórico que puede ser transformado mediante organización y lucha.

Es importante distinguir aquí entre memoria individual y memoria colectiva. La memoria individual recoge las vivencias personales, mientras que la memoria colectiva es el resultado de su socialización en el grupo. Esta distinción permite comprender cómo los relatos de vida de los recicladores, aunque singulares, se entrelazan para formar una narrativa común que los cohesiona como colectivo. En este sentido la lectura autoetnográfica materializa una narrativa compartida que agencia procesos de dignificación.

Las luchas políticas de los recicladores se alimentan de esta memoria. Parra (2015) documenta cómo la Asociación de Recicladores de Bogotá (ARB) convirtió la experiencia de exclusión en acción colectiva, impulsando demandas jurídicas que llevaron a sentencias de la Corte Constitucional que transformaron la política pública en Colombia. Estas luchas no solo han tenido efectos en el plano jurídico, sino también en el simbólico y político, al posicionar a los recicladores como actores con voz y legitimidad.

En este sentido, las luchas políticas pueden observarse en tres niveles complementarios. En primer lugar, en el nivel jurídico, donde los recicladores disputan derechos ante el Estado y logran reconocimientos normativos que garantizan su inclusión en la política pública. En segundo lugar, en el nivel comunitario, donde construyen redes de solidaridad, crean asociaciones y establecen normas internas que fortalecen la organización de base. Finalmente, en el nivel simbólico, donde resignifican los imaginarios sociales y confrontan el estigma asociado al oficio, reivindicando su labor como una práctica ambiental y socialmente valiosa (Parra, 2015; Jelin, 2002; Mendoza & Rodríguez, 2006).

Zemelman (1992) recuerda que “el sujeto se constituye en la acción” (p. 45), y estas luchas son el escenario privilegiado donde los recicladores se reconocen como protagonistas de su propia historia. De esta manera, la memoria no se limita a narrar el pasado, sino que funciona como motor de subjetivación y de acción transformadora.

Finalmente, es necesario subrayar que la memoria es el puente que conecta sujeto e identidad colectiva. La categoría de reciclador como sujeto, desarrollada en el apartado anterior, encuentra en la memoria el espacio donde se consolidan las experiencias compartidas, y es esta misma memoria la que permitirá abordar en la siguiente categoría la identidad colectiva, la dignidad y la formación política de los recicladores como procesos de largo aliento.

2.3. Recicladores como sujetos sociales, históricos y políticos

Zemelman (1992) explica que el sujeto no es una categoría dada de antemano, sino una construcción histórica y social que emerge en la medida en que las personas se reconocen como agentes capaces de pensar y transformar su realidad. Para Touraine (1987), el sujeto es “el actor que se constituye a sí mismo en la medida en que es capaz de oponerse a la dominación y crear nuevos sentidos de acción” (p. 34). Desde esta perspectiva, el sujeto es resultado de la tensión entre determinaciones estructurales y posibilidades de agencia, una noción clave para analizar a los recicladores como actores que transforman su condición social y política.

Desde esta perspectiva, el reciclador será entendido como un sujeto social, aquel que se configura a partir de sus relaciones con otros y de su pertenencia a un colectivo. Mendoza y Rodríguez (2006) destacan que la memoria social contribuye a la construcción de sujetos colectivos, ya que dota de sentido al pasado y orienta proyectos de futuros posibles. Así pues, serán estas prácticas colectivas las que, según Torres (2001), producen lo social: “los sujetos se reconocen en el intercambio, en la acción conjunta y en la construcción de lo común” (p. 45).

En esta misma línea, Villegas (2016) profundiza en la constitución del sujeto social desde la experiencia del reciclaje, mostrando cómo los recicladores, en medio de la exclusión y el estigma, construyen reconocimiento y sentido de dignidad a través de la colectividad. Su investigación revela que el sujeto social se forma en la interacción cotidiana, en el trabajo

compartido y en la solidaridad, pues “en la medida en que los recicladores se reconocen en su oficio y en los otros, resignifican su identidad y transforman su posición en la sociedad” (Villegas, 2016, p. 47). Así, el reciclador se constituye como sujeto social en tanto produce comunidad, teje redes de apoyo y se proyecta como parte activa del entramado social urbano.

Reconocer al reciclador como sujeto social significa visibilizarlo como parte del tejido social: un actor que participa de la vida comunitaria organiza su trabajo de manera colectiva, comparte saberes y transmite su oficio a las nuevas generaciones. Este enfoque permite comprender que el reciclaje no es solo una práctica económica, sino una práctica social que articula valores de cooperación, sostenibilidad y dignificación del trabajo popular.

El reciclador se entenderá en esta investigación como un sujeto social e histórico, una historicidad que según Zemelman (1995) “se expresa en su capacidad de articular memoria y proyecto” (p. 67). Esta afirmación es central para entender que los recicladores no solo reaccionan a las condiciones de exclusión, sino que también producen historia en el acto de organizarse, resistir y proponer alternativas.

Castoriadis (1997) añade que el sujeto histórico se construye en el imaginario social instituyente, es decir, en la capacidad de crear nuevas formas de organización y significación. Aplicado al caso de los recicladores, esto significa que sus procesos de organización y sus luchas no solo responden a necesidades inmediatas, sino que también instauran nuevas maneras de comprender la economía, la ciudadanía y el trabajo.

El reconocimiento de los recicladores como sujetos históricos implica documentar sus trayectorias, sus hitos de lucha, sus estrategias de supervivencia y las formas en que han incidido en el diseño de políticas públicas. Este enfoque rescata su papel como protagonistas de procesos de cambio y no únicamente como beneficiarios pasivos de programas sociales.

El reciclador entonces es un sujeto social, histórico y político, y es este último aspecto la apuesta de la presente investigación: comprender y potenciar la agencia de los recicladores.

Zemelman (1992) sostiene que el sujeto político emerge cuando los actores logran romper el marco de la inercia y proyectar su acción más allá de la mera adaptación a las condiciones existentes. El sujeto político, entonces, no es solo quien participa en política institucional, sino quien disputa sentidos, se organiza y transforma relaciones de poder.

Touraine (1987) complementa esta visión al definir el sujeto político como aquel que se convierte en portador de un proyecto de sociedad y que, a través de su acción, busca modificar el orden social. En el contexto del reciclaje, esto significa que los recicladores se convierten en sujetos políticos cuando generan liderazgos, participan en asambleas, construyen propuestas de política pública y reclaman su lugar como actores legítimos en la gestión ambiental.

2.4. Identidad colectiva, dignidad, formalización y formación política

Torres Carrillo (2023) afirma que “la construcción de lo común en los sectores populares se da a través de prácticas de solidaridad, resistencia y organización” (p. 21). En este sentido, la identidad colectiva de los recicladores no es un hecho dado, sino un proceso que se teje en el día a día, a partir de experiencias compartidas, luchas comunes y narrativas que les permiten reconocerse como un “nosotros” con capacidad de acción. Esta identidad es dinámica, pues se reconfigura cada vez que los recicladores enfrentan nuevas tensiones —económicas, jurídicas o sociales— y las transforman en oportunidades para fortalecer su organización. A continuación, se socializarán las categorías con las cuales la presente investigación busca dar cuenta de los procesos de formación y luchas políticas de los recicladores:

2.4.1. Dignidad como reconocimiento social

Hablar de dignidad en el contexto de los recicladores implica ir más allá de una noción

moral o abstracta; se trata de comprenderla como un proceso relacional y político de reconocimiento. De acuerdo con Honneth (1997), la dignidad se constituye a partir de la experiencia del reconocimiento intersubjetivo, es decir, en el encuentro con el otro. El autor propone tres esferas del reconocimiento que sustentan la autorrealización humana: la afectiva, la jurídica y la social. En la primera, el reconocimiento se da en el plano de las relaciones primarias —familiares, comunitarias o de amistad— donde se nutre la autoconfianza; en la segunda, el colectivo es reconocido como portador de derechos, fundamento del respeto de sí; y en la tercera, el reconocimiento se vincula con la solidaridad social, donde las contribuciones individuales son valoradas, promoviendo el reconocimiento del propio valor en relación con los demás.

Desde esta perspectiva, la dignificación de los recicladores supone la reconstrucción de estos tres niveles de reconocimiento, históricamente fracturados por la exclusión, la estigmatización y la informalidad del oficio. En el plano afectivo, el reconocimiento implica rescatar la autovaloración y el orgullo por el trabajo realizado, desmantelando imaginarios que asocian el reciclaje con la miseria o la marginalidad. En el plano jurídico, la dignidad se materializa en el reconocimiento legal y político del oficio: ejemplo de lo anterior son las sentencias de la Corte Constitucional, como la T-724 de 2003 y la T-291 de 2009, constituyen hitos en la reivindicación de derechos laborales, económicos y sociales de este sector. En el plano social, la dignidad se expresa en la valoración simbólica del reciclaje como aporte esencial al bien común, al medio ambiente y a la sostenibilidad de las ciudades. Todas estas esferas de reconocimiento constituirán un elemento fundamental para la recuperación de las memorias de ASORECICLAMOS.

Sin embargo, el reconocimiento jurídico no garantiza automáticamente la dignificación social. Como señala Honneth (1997), la justicia se vuelve incompleta cuando se limita al reconocimiento formal, sin transformar los patrones de valoración social que sustentan la

desigualdad. En el caso de los recicladores, este riesgo se evidencia en la persistencia de prácticas discriminatorias, en la invisibilización mediática y en la resistencia institucional para incluirlos plenamente en la gestión ambiental. Por ello, la lucha por la dignidad debe ser entendida como un proceso de largo aliento que articula lo jurídico, lo social y lo político, y que exige la transformación cultural de las percepciones sociales sobre el oficio.

En este sentido, la memoria social, tal como la plantean Mendoza y Rodríguez (2006), se convierte en una herramienta fundamental para la dignificación. Las autoras sostienen que, al narrar colectivamente las experiencias, los sujetos “fortalecen la autoestima social” (p. 17), resignificando los relatos de exclusión y proyectándolos como historias de resistencia y aprendizaje. Desde esta perspectiva, la memoria permitiría no solo conservar el pasado, sino reparar simbólicamente las heridas de la desigualdad, permitiendo a los recicladores reconocerse como protagonistas de procesos históricos y como actores legítimos en la esfera pública.

De este modo, la dignidad se vive como un proceso de reconocimiento social y político, no como una concesión del Estado. Es una conquista colectiva que emerge del trabajo cotidiano, de las prácticas solidarias y de las luchas por visibilidad. En palabras de Honneth (1997), la autorrealización de los sujetos requiere que cada individuo pueda verse reflejado en la mirada del otro como alguien valioso y necesario. En el caso de los recicladores, esta mirada se reconstruiría mediante la memoria, la organización y la acción política, en la que los reconocimientos afectivo, jurídico y social convergen para restaurar la integridad moral y simbólica del grupo.

Finalmente, comprender la dignidad desde el reconocimiento implica integrarla a la formación política, pues el reconocimiento no se consolida sin conciencia crítica y toma de decisiones. Siguiendo a Freire (1970), la liberación de los oprimidos exige praxis: reflexión y acción transformadora. Por tanto, el reconocimiento de la dignidad de los recicladores no puede

limitarse a políticas públicas o discursos de inclusión; podría expresarse en su capacidad de acción, en su participación, en la definición de su destino colectivo y en la resignificación de su papel dentro de la sociedad. Solo así la dignidad se convierte en práctica viva, en horizonte ético y en condición para la construcción de sujetos políticos que reclaman justicia, equidad y respeto.

2.4.2. La formalización como dignificación

La formalización del oficio del reciclaje constituye uno de los ejes más relevantes dentro de los procesos de dignificación y reconocimiento del gremio. A diferencia de la institucionalización —que alude principalmente a la inclusión de los recicladores dentro de los marcos legales y administrativos del Estado—, la formalización implica un proceso más amplio y transformador, pues abarca el paso de la informalidad estructural hacia el reconocimiento técnico, jurídico, administrativo y laboral del trabajo que históricamente ha sostenido la economía circular en Colombia.

Este proceso no solo busca cumplir con exigencias normativas, sino también garantizar condiciones de trabajo digno, acceso a la seguridad social, estabilidad en los ingresos y participación real en la prestación del servicio público de aseo. En este sentido, la formalización representa un avance hacia la materialización del reconocimiento jurídico que Honneth (1997) asocia con una de las tres esferas fundamentales de la dignidad: la del derecho, donde los individuos son tratados como personas con estatus moral y capacidad de reclamar justicia.

Sin embargo, como advierte Jelin (2002), todo proceso de reconocimiento institucional puede generar tensiones entre el poder estatal y la autonomía de los colectivos. La autora explica que cuando el reconocimiento se limita a lo administrativo —sin fortalecer las bases organizativas y la voz política de los actores—, se corre el riesgo de despolitización. Desde esta perspectiva, la formalización no debe entenderse como un fin en sí mismo, sino como un medio para fortalecer la organización, la autogestión y la participación política de los

recicladores.

Parra (2015) advierte que las experiencias de la Asociación de Recicladores de Bogotá (ARB) muestran tanto los logros como las contradicciones del proceso de formalización: si bien permitió avances jurídicos y técnicos, también introdujo nuevas presiones burocráticas y criterios empresariales que no siempre se ajustan a las lógicas comunitarias del trabajo reciclador. En esa medida, la formalización debe ser un proceso dialógico y participativo, donde las políticas públicas reconozcan las formas organizativas propias del gremio, respeten su memoria social y garanticen condiciones reales de autonomía.

Zemelman (1992) complementa esta lectura al recordar que el sujeto político emerge cuando logra “romper los marcos de la inercia y proyectar su acción más allá de la mera adaptación” (p. 47). La formalización, vista desde esta óptica, no puede reducirse a una adaptación a las normas, sino que debe constituirse en un espacio de emancipación y proyección histórica, donde los recicladores asuman un papel activo en la construcción de políticas públicas ambientales y sociales.

En síntesis, la formalización del oficio del reciclaje solo cumple su función dignificadora cuando combina el reconocimiento jurídico con el fortalecimiento organizativo, la capacitación técnica y la consolidación de liderazgos sociales. Por ello, esta investigación interrogará la perspectiva que tienen los asociados de ASORECICLAMOS sobre sus procesos de formalización, analizando cómo se han configurado en los planos técnico, administrativo, jurídico y político, y de qué manera estos procesos han incidido en su reconocimiento como sujetos de derechos y actores colectivos dentro del territorio.

2.4.3. Formación política: una apuesta pedagógica

La formación política es el eje que conecta la identidad colectiva con la acción

transformadora. Más que talleres o capacitaciones puntuales, constituye un proceso continuo de construcción de conciencia crítica en el que los recicladores aprenden a leer las estructuras de poder que los atraviesan, comprenden el valor social de su oficio y diseñan estrategias de incidencia para transformar su realidad. En este sentido, la formación política se materializa en el relato de la maestra/recicladora en formación constituyendo una apuesta pedagógica, en tanto promueve una educación desde la experiencia y orientada a la emancipación.

Freire (1970) plantea que “la educación verdadera es praxis: reflexión y acción del hombre sobre el mundo para transformarlo” (p. 72). Desde esta perspectiva, la formación política se convierte en un acto pedagógico porque invita a los recicladores a pensar críticamente su historia, su oficio y su papel como actores sociales. Esta pedagogía de la praxis se concreta en espacios cotidianos —asambleas, mingas, reuniones o actividades comunitarias— donde se dialoga, se reflexiona y se construyen sentidos colectivos sobre el trabajo, la dignidad y la justicia.

Mendoza y Rodríguez (2006) sostienen que la memoria “propicia el desarrollo de capacidades críticas y colectivas para la acción transformadora” (p. 18). Por ello, la formación política se articula directamente con la memoria social: al narrar sus experiencias, los recicladores aprenden de su propia historia y generan aprendizajes colectivos que se convierten en saber político. Este proceso pedagógico no busca imponer discursos, sino acompañar la construcción de conciencia desde las propias vivencias del gremio.

Zemelman (1992) refuerza esta idea al afirmar que el sujeto político emerge cuando logra romper la inercia y proyectar su acción más allá de la mera adaptación a las condiciones existentes. La formación política, entendida pedagógicamente, es precisamente ese espacio que permite pasar de la adaptación a la transformación, del aprendizaje instrumental al pensamiento crítico. En ella, el reciclador se reconoce como sujeto de saber y de historia, capaz de incidir y producir conocimiento desde su práctica.

De este modo, la formación política no es un componente accesorio, sino un pilar pedagógico y emancipador dentro de los procesos de dignificación. Así, la formación política deviene en educación popular, donde se entrelazan la palabra, la experiencia y la acción, produciendo una pedagogía situada que nace de la práctica recicladora y vuelve a ella transformada.

Finalmente, es importante subrayar que identidad colectiva, memoria social y dignidad están profundamente interrelacionadas. La memoria permite reconocer de dónde vienen los recicladores y las luchas que han librado; la identidad les da cohesión como colectivo y sentido de pertenencia; y la dignidad, expresada en el reconocimiento social y en la formalización, les abre caminos para proyectar un futuro con mayor justicia. Estas tres dimensiones se retroalimentan: sin memoria no hay identidad, sin identidad no hay acción colectiva, y sin acción colectiva la dignidad queda reducida a un reconocimiento simbólico sin efectos reales en la vida cotidiana.

En síntesis, esta categoría evidencia que la dignificación del reciclador no depende únicamente de políticas públicas o de sentencias judiciales, sino de un proceso educativo y colectivo que articula identidad, memoria, formación política y una apuesta pedagógica de transformación social.

2.5. Autoetnografía como proceso y producto

La autoetnografía es un acercamiento a la investigación y a la escritura, que busca describir y analizar sistemáticamente la experiencia personal para entender la experiencia cultural. Esa perspectiva reta las formas canónicas de hacer investigación y de representar a los otros, pues la considera como un acto político, socialmente justo y consciente. El investigador usa principios de autobiografía y de etnografía para escribir autoetnografía. Por ello, como método, la autoetnografía es a la vez proceso y producto.

(Ellis, C., Adams, T. E., & Bochner, A. P. 2011, p.17-18)

El presente trabajo de grado se desarrolla desde un enfoque cualitativo, específicamente desde la autoetnografía propuesta por Ellis, C., Adams, T. E., & Bochner, A. P. (2011), quienes la entienden como una perspectiva metodológica que permite articular la experiencia personal de la investigadora con el análisis de una experiencia social y cultural compartida. Este enfoque parte del reconocimiento de que el conocimiento social no se produce desde una posición neutral ni externa, sino desde la implicación del sujeto investigador en el fenómeno que estudia.

La autoetnografía se asume como una alternativa metodológica que amplía las formas tradicionales de investigar en las ciencias sociales, al reconocer la experiencia vivida, la memoria y la narración como fuentes legítimas de conocimiento. En este sentido, la investigación no se limita a describir una realidad observada, sino que se construye a partir de la reflexión sistemática sobre una trayectoria vital situada en un contexto social específico: el oficio del reciclaje y los procesos organizativos de los recicladores y recicladoras de ASORECICLAMOS en los municipios de Mosquera y Funza.

Este enfoque resulta pertinente para el objetivo del estudio, en tanto permite comprender las dinámicas del reciclaje no solo desde datos externos o normativos, sino desde las vivencias cotidianas, las tensiones, los aprendizajes y las luchas que atraviesan a quienes

ejercen el oficio. La autoetnografía posibilita, así, una aproximación profunda a los sentidos que los sujetos construyen sobre su trabajo, su organización y su historia colectiva.

La elección de la autoetnografía como enfoque metodológico responde a la naturaleza del problema de investigación y al recorrido personal que dio origen al proyecto. La investigación no surge de una observación distante del fenómeno del reciclaje, sino de una experiencia prolongada y vivida en primera persona. Desde esta perspectiva, separar de manera estricta a la investigadora del objeto de estudio resultaría artificial y metodológicamente incoherente.

El reciclaje, como práctica social, se construye en la cotidianidad, en el cuerpo y en las relaciones. Por ello, comprender sus dinámicas requiere un enfoque que permita dar cuenta de lo que se vive, se siente y se recuerda, además de lo que se dice o se registra formalmente. La autoetnografía permite problematizar estas experiencias sin reducirlas a testimonios anecdóticos, integrándolas a un proceso analítico.

Asimismo, este enfoque se alinea con una concepción del conocimiento comprometida socialmente, que busca visibilizar experiencias históricamente marginadas y cuestionar las jerarquías tradicionales del saber. En el caso del reciclaje, la autoetnografía permite dar lugar a voces y trayectorias que han sido sistemáticamente excluidas de los relatos académicos y de las narrativas oficiales sobre el trabajo y la ciudad.

La investigación se construye desde un posicionamiento situado, reconociendo que la investigadora ha formado parte del contexto que estudia. Mi experiencia como recicladora de oficio y como integrante de la organización ASORECICLAMOS constituye el punto de partida del proceso investigativo. Esta doble condición —haber ejercido el oficio y asumir el rol de investigadora— no se considera un sesgo a eliminar, sino una fuente de comprensión profunda del fenómeno.

Este posicionamiento asume la implicación como parte del método. La investigadora no se presenta como una observadora externa, sino como un sujeto que ha vivido las dinámicas del reciclaje, ha experimentado sus tensiones y ha participado en espacios organizativos. Desde allí se construyen las preguntas, se organizan las reflexiones y se interpretan las experiencias.

Reconocer este lugar implica también un ejercicio de reflexividad constante. La escritura autoetnográfica permitió identificar cómo la experiencia personal se entrelaza con experiencias colectivas, y cómo la historia individual se inscribe en procesos sociales más amplios. De este modo, el relato personal se transforma en una vía para comprender fenómenos compartidos por otros recicladores y recicladoras.

2.5.1. Estrategias metodológicas y técnicas de construcción de la información

El proceso investigativo se apoyó en estrategias metodológicas coherentes con el enfoque autoetnográfico, desarrolladas de manera progresiva y articulada. Estas estrategias no se conciben como etapas rígidas, sino como prácticas que se entrelazan a lo largo del proceso.

En primer lugar, la experiencia vivida constituye la principal fuente de información. La trayectoria personal en el oficio del reciclaje permitió acceder a conocimientos situados sobre las dinámicas laborales, jurídicas, sociales y afectivas (Honneth, 1997) en los recorridos, las relaciones sociales y las tensiones cotidianas del oficio.

En segundo lugar, se desarrolló observación participante en contextos cotidianos del reciclaje y en espacios organizativos de ASORECICLAMOS. Esta observación no se limitó a registrar hechos externos, sino que incluyó reflexiones sobre emociones, sensaciones corporales y reacciones frente a situaciones vividas.

En tercer lugar, se realizaron entrevistas interactivas y conversaciones reflexivas con recicladores y recicladoras de la organización. Estas entrevistas no siguieron un formato rígido, sino que se construyeron como espacios de diálogo, donde las historias emergieron a partir de la confianza y la cercanía. Las conversaciones permitieron identificar experiencias compartidas, memorias organizativas y sentidos colectivos en torno al oficio y la organización.

Finalmente, la escritura autoetnográfica se constituyó como una herramienta central del proceso metodológico. A través del registro narrativo y la escritura reflexiva, se organizaron escenas, recuerdos y experiencias que posteriormente fueron analizadas como parte del proceso investigativo. Escribir no se concibe únicamente como una forma de presentar resultados, sino como una manera de pensar, ordenar y comprender la experiencia.

La escritura permite transformar la experiencia en objeto de reflexión, sin perder su densidad ni su complejidad. Escenas cotidianas, relatos personales y fragmentos de conversaciones se articulan para dar cuenta de procesos más amplios, como la construcción de memoria colectiva, la organización del oficio y las luchas por condiciones más dignas de trabajo.

Este tipo de análisis no busca generalizar estadísticamente los resultados (es la tendencia mayoritaria en las investigaciones sobre los recicladores) sino producir comprensiones profundas y situadas que permitan dialogar posteriormente con el marco conceptual y teórico de la investigación.

2.6. Dimensión formativa del proceso investigativo

En esta investigación no se desarrolló una planeación pedagógica formal ni un proceso formativo estructurado en fases o sesiones previamente diseñadas. Sin embargo, a lo largo del

trabajo emergieron múltiples experiencias de aprendizaje y formación, tanto para los recicladores participantes como para mí como investigadora y maestra en formación.

La formación no se dio en un aula ni a través de contenidos previamente definidos, sino en la experiencia cotidiana del reciclaje, en los espacios organizativos y en la reflexión compartida. Las conversaciones informales, las reuniones de la organización, los relatos sobre luchas pasadas y los conflictos enfrentados en el ejercicio del oficio se constituyeron en escenarios de aprendizaje colectivo.

Desde mi experiencia, pude identificar que estos espacios funcionan como lugares donde se transmiten saberes, se comparten memorias y se construyen comprensiones sobre el oficio y sobre la necesidad de organizarse. Escuchar a otros recicladores narrar sus trayectorias, dificultades y logros permitió comprender que el reciclaje no es solo una actividad económica, sino una práctica social atravesada por relaciones de poder, tensiones institucionales y procesos de resistencia.

Asimismo, el propio proceso investigativo tuvo un carácter formativo. Escribir, narrar y problematizar la experiencia permitió transformar vivencias cotidianas en preguntas, aprendizajes y reflexiones críticas. La autoetnografía no solo produjo conocimiento para la investigación, sino que también generó un proceso de formación personal y colectiva, al hacer visibles situaciones que antes se vivían de manera naturalizada.

En este sentido, la formación política no aparece como un componente externo al proceso, sino como una dimensión que emerge de la experiencia compartida, de la organización y de la memoria colectiva.

3. El relato de una experiencia emergente: cuerpo, maternidad y reciclaje: una autoetnografía situada

Siguiendo la perspectiva de la autoetnografía, entendida como un proceso de escritura que describe y analiza sistemáticamente la experiencia personal para comprender una experiencia cultural más amplia (Ellis, Adams y Bochner, 2011), este capítulo se organiza en siete momentos narrativos. Cada uno de ellos articula episodios de mi vida con procesos sociales, históricos y políticos vinculados al oficio del reciclaje y a la organización ASORECICLAMOS.

Estos momentos no constituyen una cronología estricta ni una reconstrucción exhaustiva de los hechos, sino una selección situada de experiencias significativas — epifanías¹, quiebres y continuidades— que permiten comprender cómo mi historia personal se entrelaza con una experiencia cultural compartida por los recicladores de oficio. A través de esta estructura, la narración transita entre lo vivido en primera persona y los sentidos colectivos del reciclaje, haciendo visible cómo el cuerpo, la maternidad, el trabajo y la dignidad se inscriben en una trama social más amplia.

3.1. Momento 1. Doña Rocío: cuando la historia empieza antes de mí

Mi historia en el reciclaje no empieza conmigo. Empieza antes. Empieza con una mujer que no pasó por la universidad, que no escribió artículos, que no habló de teoría, pero que entendió la vida desde la necesidad, la intuición y la resistencia. Mi historia empieza con Doña Rocío.

¹ una epifanía se reclama como un fenómeno que una persona puede considerar como una experiencia que la transformó, y que otra puede no considerarla así. Las epifanías revelan las formas en las que una persona pudo negociar “situaciones intensas” y “efectos que permanecen -remembranzas, recuerdos, imágenes, sentimientos- largo tiempo después de que un incidente crucial supuestamente ha pasado” (Bochner, 1984: 595) en (Ellis, C., Adams, T. E., C Bochner, A. P. 2011, p.21).

Doña Rocío llegó a Mosquera empujada por circunstancias adversas, como llegan muchas mujeres a los oficios que sostienen la vida: sin alternativas claras, con hijos a cargo y con la urgencia de resolver el día a día. Era madre de cinco hijos y había atravesado situaciones difíciles que la obligaron a buscar una forma de subsistir. No llegó al reciclaje por vocación ambiental ni por militancia política. Llegó porque había que comer, porque había que sostener una casa, porque había que seguir.

En Mosquera conoció a don Sergio, reciclador de oficio, heredero de una familia recicladora. Él no aprendió a reciclar por cursos ni capacitaciones: lo aprendió en la vida misma. Don Sergio conocía las rutas, los tiempos, los materiales y los caballos. Amaba a sus caballos, no como suelen ser representados desde discursos externos que los conciben únicamente como seres sintientes protegidos por la Ley 1774 de 2016, sino como compañeros de trabajo y extensiones de su propio cuerpo. Para él, el caballo no era una herramienta descartable, sino parte de la jornada, del cuidado cotidiano y del ritmo mismo del reciclaje (Congreso de la República de Colombia, 2016).

Doña Rocío se vinculó a ese mundo desde el trabajo duro y el aprendizaje cotidiano. Sin haber pasado por procesos formales de escolarización, entendió algo fundamental: el reciclaje no podía seguir siendo solo un oficio individual, disperso, vulnerable. Había que organizarse. Había que juntarse. Había que dejar de estar cada uno por su lado.

Así nació, en 2015, lo que primero fue una fundación. No una asociación aún. Una fundación hecha con voluntad, con reuniones improvisadas, con conversaciones largas, con favores, con recorridos, con la confianza que se construye entre quienes comparten la misma precariedad. No había uniformes, ni carnés, ni tarifa. Había cuerpos cansados, saberes prácticos y una intuición política muy clara, aunque no ellos no le llamaran así.

La fundación fue el primer intento de dignificar el oficio desde adentro. un llamado a la colectividad y a demostrar que no estaban solos. Comenzaron a contar cuántos eran, dónde estaban, cómo trabajaban. Fue una apuesta arriesgada, liderada por una mujer que no tenía el respaldo institucional, pero sí una enorme capacidad de gestión, de palabra y de persistencia.

Con el tiempo, ese proceso fue creciendo. Se sumaron más recicladores, más familias, más trayectorias de vida atravesadas por el mismo oficio. En ese camino apareció también Doña Zully, una mujer muy distinta a Doña Rocío. Más reservada, más penosa, temerosa al qué dirán. Doña Zully no llegó al reciclaje desde la convicción, sino desde la necesidad. Tuvo que salir de Fusagasugá y rehacer su vida en Mosquera. El reciclaje no era algo que ella quisiera mostrar; al contrario, era algo que prefería ocultar.

Dos mujeres distintas, dos formas de habitar el oficio, un destino compartido.

En 2017, la fundación se transformó en asociación. Así nació formalmente ASORECICLAMOS, con 127 asociados, abarcando Mosquera y Funza. La decisión de incluir ambos municipios no fue técnica ni administrativa; fue práctica. Las rutas, los recorridos, los territorios del reciclaje no respetan fronteras políticas. El reciclador se mueve donde hay material, no desde lo que dicta un mapa.

La asociación permitió un salto importante. No inmediato, no perfecto, pero real. Aparecieron aliados, entre ellos Gallaré, que brindó respaldo económico, bodegas, espacios de acopio. Se consolidaron las ECA —Estaciones de Clasificación y Aprovechamiento—, se fortaleció la venta del material y se empezó a pensar el reciclaje no solo como subsistencia, sino como trabajo organizado.

Cuando yo llegué a este mundo, todo eso ya estaba en marcha. Yo no llegué como investigadora. No llegué con preguntas académicas ni con marcos teóricos. Llegué como mujer,

como pareja, como futura madre, como alguien que aún no sabía que ese oficio la iba a transformar profundamente.

Mi historia se tejió sobre esa historia previa. Sobre el esfuerzo de Doña Rocío, la vergüenza de Doña Zully, el conocimiento heredado de Don Sergio y la vida cotidiana de cientos de recicladores que, sin saberlo, estaban construyendo memoria colectiva.

Por eso, cuando hoy escribo sobre mí, no puedo hacerlo sin empezar por ellos. Porque mi experiencia no nace de la nada. Nace de una trama previa de trabajo, dolor, organización y resistencia que me antecede y me sostiene.

Este es el verdadero comienzo de mi historia.

3.2. Momento 2. Llegar a Mosquera: cuando mi historia se cruza con la de ellos

Yo no llegué a Mosquera buscando el reciclaje. Llegué siguiendo una historia que no era mía, pero que poco a poco empezó a volverse propia. Llegué por amor, por curiosidad, por acompañar a alguien que en ese momento significaba todo para mí. Y sin darme cuenta, ese territorio terminó marcando un giro definitivo en mi vida.

Cuando empecé a ir a Mosquera, yo todavía era, ante todo, estudiante. Venía de Bogotá, de recorrer el centro, de moverme entre la universidad, los buses, las lecturas y la idea —todavía muy fuerte— de que mi lugar estaba en la academia. Mosquera era otro mundo. Más pequeño, más lento, más cercano. Nadie me conocía. Nadie sabía quién era yo, ni de dónde venía, ni qué estudiaba. Y eso, lejos de incomodarme, me dio una sensación de libertad que no había sentido antes.

Fue allí donde empecé a acompañar al papá de mi hija en el reciclaje. Al principio, yo miraba. Observaba cómo se organizaban los recorridos, cómo se reconocían entre recicladores, cómo sabían a qué hora sacarían la basura ciertos conjuntos o ciertos barrios. Me

sorprendía la memoria del territorio: no había mapas, pero había conocimiento. No había horarios oficiales, pero había rutinas aprendidas con el cuerpo.

El zorro de don Sergio se convirtió en un espacio fundamental. No era solo un vehículo; era un lugar de conversación, de silencios compartidos, de risas, de cansancio y de complicidad. Montarme en ese zorro era también subirme a una historia que no conocía del todo, pero que me iba envolviendo. Yo era feliz. Y decirlo no me da vergüenza. Era una felicidad sencilla, sostenida por el amor, por la compañía, por la sensación de estar construyendo algo juntos.

Acompañar a vender el material era parte de esa felicidad. Ir a las bodegas, esperar el turno, escuchar conversaciones entre recicladores, aprender a diferenciar precios, materiales, calidades. Yo no empujaba todavía como ellos, pero ya estaba ahí. Ya empezaba a formar parte. Ya no era solo “la novia del reciclador”; era alguien que estaba aprendiendo el oficio desde adentro.

Mosquera, al no ser mi municipio, me protegía. No había miradas conocidas, no había juicios previos. Yo podía montar en el zorro, caminar entre bolsas, ensuciarme las manos sin sentir que alguien me estaba observando desde la historia que yo traía de Bogotá. Era un anonimato que se sentía como alivio.

En ese tiempo, yo estaba profundamente enamorada. Y ese amor hacía que todo se viera distinto. El reciclaje no me pesaba; al contrario, me parecía una forma digna de ganarse la vida. Había cansancio, sí, pero también había orgullo. Éramos los dos contra el mundo, recorriendo calles, cargando material, soñando con un futuro que todavía parecía posible.

También fue en Mosquera donde empecé a conocer más de cerca a Doña Rocío y a Doña Zully. Dos mujeres distintas, dos formas de habitar el oficio, dos maneras de enfrentar la vida. Doña Rocío hablaba fuerte, decidía rápido, gestionaba, reunía gente. Doña Zully era más

silenciosa, más cuidadosa, más atravesada por la pena. Yo me veía reflejada, de alguna manera, en ambas.

Empecé a entender que el reciclaje no era solo trabajo físico. Era una red de relaciones, de afectos, de historias compartidas. Cada reciclador tenía un recorrido distinto, pero todos se encontraban en el mismo punto: la necesidad de sobrevivir y la dignidad de hacerlo trabajando.

Ese segundo momento de mi vida estuvo marcado por una sensación muy clara: pertenecer sin haberlo planeado. Yo no tomé la decisión consciente de “ser recicladora”. Simplemente empecé a estar ahí, a acompañar, a aprender, a sentirme parte. Mosquera se volvió un territorio de tránsito, pero también de arraigo emocional.

Hoy, cuando miro hacia atrás, entiendo que esa felicidad también era frágil. Estaba sostenida por el amor, por la novedad, por la ilusión de un proyecto común. No sabía entonces que vendrían cambios profundos, que el cuerpo se transformaría, que la maternidad llegaría, que el reciclaje dejaría de ser acompañamiento para convertirse en sustento.

Pero en ese momento, yo era feliz. Y decirlo es importante. Porque también hubo alegría. Porque no todo fue dolor. Porque el reciclaje, antes de volverse pesado, fue también un espacio de encuentro, de aprendizaje y de amor.

Ese fue el punto exacto en el que mi historia empezó a entrelazarse de manera irreversible con la historia del reciclaje. No desde la teoría, no desde la investigación, sino desde la vida compartida.

3.3. Momento 3. Ser recicladora y ser madre: cuando el cuerpo empezó a sostenerlo todo

Convertirme en recicladora no fue una decisión tomada desde la cabeza, fue una consecuencia de la vida. Y convertirme en madre lo cambió absolutamente todo. A partir de ese

momento, mi cuerpo dejó de ser solo mío y se convirtió en el territorio donde se sostenían varias vidas al mismo tiempo.

Cuando nació mi hija, yo todavía estaba aprendiendo a ser recicladora. A los diez meses de vida de mi bebé me fui a vivir con su papá, y ahí entendí que el reciclaje ya no era solo acompañar: era trabajar. Era producir. Era sostener.

Mis días empezaban muy temprano y muchas veces terminaban de madrugada. Las rutas no se acomodan a los horarios de oficina; se acomodan a los tiempos de la basura, a los recorridos de los conjuntos, a los shuts que se llenan en ciertos momentos del día. El reciclaje se hace en la tarde, en la noche, en la madrugada. Se hace cuando otros descansan.

Yo lactaba. Y ese dato no es menor. Llegaba a la casa con los senos duros, hinchados, doloridos. Era un dolor físico constante, profundo, que se mezclaba con el cansancio general del cuerpo. Me cambiaba rápido, tomaba a mi pequeña Majo, le daba pecho para aliviar el dolor y, muchas veces, volvía a salir. No había tiempo para descansar. El cuerpo de madre y el cuerpo de trabajadora no se turnaban: coexistían, se sobreponían, se exigían mutuamente.

Aprendí a vivir con ese cansancio. A normalizarlo. A no nombrarlo demasiado. A veces sentía que mi cuerpo no me pertenecía del todo: producía leche, empujaba peso, caminaba largas distancias, cargaba bolsas, sostenía la vida de otros antes que la propia.

Para ahorrar dinero, muchas veces tomábamos el buscito rojo intermunicipal desde Bogotá. No era cómodo, pero era más barato. Atravesábamos el trancón de la Calle 13, sudados, cansados, con la cabeza apoyada en la ventana. Ahorrar unos pesos significaba poder comprar algo más para la casa, para la niña, para el día siguiente. El transporte también era parte del desgaste invisible del oficio.

Había días en los que sentía que no podía más. Pero igual seguía. Porque había que hacerlo. Porque el reciclaje era el sustento. Porque no había otra opción inmediata.

En ese momento entendí algo que solo se aprende viviéndolo: el reciclaje es un trabajo profundamente corporal. Se hace con la espalda, con las manos, con los pies, con el pecho. Se hace con todo el cuerpo. Y cuando ese cuerpo también es un cuerpo materno, el esfuerzo se duplica.

Hoy, al escribirlo, reconozco que mi cuerpo fue un archivo. Todo quedó ahí: el dolor, el cansancio, la resistencia, el amor, la culpa, la fuerza. Nombrarlo ahora es una forma de devolverle dignidad a ese cuerpo que sostuvo tanto sin ser visto.

3.4. Momento 4. De la fundación a la asociación: organizarse para no desaparecer
Antes de que yo llegara al reciclaje como oficio, ya había una historia andando. Una historia que no empezó conmigo, pero que me sostuvo. Esa historia tiene nombre propio y cuerpo de mujer: doña Rocío.

Doña Rocío llegó a Mosquera cargando su vida a cuestas. Madre de cinco hijos, atravesada por violencias, por abandonos y por la urgencia de resolver lo más básico: cómo comer al día siguiente. No llegó al reciclaje desde una vocación ambiental ni desde un discurso político. Llegó porque la vida la empujó. Porque había que sobrevivir.

En Mosquera conoció a don Sergio, reciclador de oficio, de familia recicladora. Para él, el reciclaje no era algo nuevo ni vergonzante: era herencia, era saber transmitido, era calle aprendida desde niño. Juntos comenzaron una vida que no fue fácil ni romántica, pero sí profundamente real. El reciclaje apareció como la posibilidad concreta de sostener una familia.

Doña Rocío no era una mujer letrada, ni académica, ni formada en leyes. Pero tenía algo que pocas personas tienen: perrenque, intuición política y una capacidad impresionante de no dejarse aplastar. Mientras muchos recicladores trabajaban solos, dispersos, invisibles, ella empezó a entender algo clave: solos no alcanzaba.

Así nació, primero, la fundación, en el año 2015. No fue un acto burocrático ni una planeación estratégica formal. Fue una necesidad. Un intento por agruparse, por tener un nombre, por no ser solo personas sueltas empujando carretas. En ese momento, la palabra “fundación” sonaba grande, casi ajena, pero daba una mínima protección simbólica: ya no éramos solo recicladores, éramos “algo”.

Dos años después, en 2017, ese proceso se consolidó como asociación. ASORECICLAMOS nació en medio de muchas dificultades, con pocos recursos, con desconfianzas internas, con miedos. Pero también nació con una fuerza enorme: llegó a tener 127 asociados, hombres y mujeres que vieron en la organización una posibilidad de respaldo, de reconocimiento, de futuro.

Paralelamente, otra historia se cruzaba con esta: la de Doña Zully, madre de mi entonces pareja. Doña Zully era distinta a Doña Rocío. Más reservada, más temerosa del qué dirán, más atravesada por la vergüenza social que históricamente ha cargado el reciclaje. Venía de Fusagasugá, y llegar a Mosquera implicó también una ruptura: dejar atrás una vida, una imagen, una idea de sí misma.

Reciclar no fue fácil para ella. Le costó. Le dio pena. Se escondía. No quería que la vieran en el shut, no quería que la reconocieran. Pero, aun así, lo hizo. Porque no había alternativa. Porque la vida no espera a que una esté lista emocionalmente para sobrevivir.

Estas dos mujeres, tan distintas entre sí, sostuvieron una parte fundamental del proceso organizativo. Desde lugares diferentes, ambas aportaron algo esencial: la persistencia.

La asociación no se construyó desde discursos abstractos. Se construyó desde favores, en conversaciones con concejales y reuniones improvisadas, con promesas incumplidas y otras que, sorprendentemente, sí se cumplieron. Doña Rocío entendió rápidamente que la política no era solo votar: era negociar, insistir, incomodar.

En campañas políticas, recicladores y recicladoras empezaron a ser visibles. “Mire cuántos somos”, decía ella. “Mire cuántas familias viven de esto”. Poco a poco, la asociación dejó de ser solo un nombre y empezó a ser un actor reconocido en Mosquera y Funza.

Para mí, entrar a ese mundo fue entrar a una memoria viva. En las reuniones se contaban historias de los primeros años, de las peleas, de los logros, de los retrocesos. Esa memoria no estaba escrita en ningún documento oficial, pero circulaba en la palabra, en el gesto, en el recuerdo compartido. Era una escuela política informal, donde se aprendía que nada había sido regalado.

Yo no entendí de inmediato la magnitud de eso. Al principio solo veía reuniones largas, discusiones, tensiones. Con el tiempo comprendí que organizarse era, literalmente, una forma de no desaparecer. Que la asociación no solo dignificaba el oficio hacia afuera, sino que sostenía emocionalmente a quienes estaban dentro.

ASORECICLAMOS no fue solo un espacio administrativo. Fue un lugar donde muchas veces encontré apoyo cuando el cuerpo no daba más, cuando el llanto aparecía, cuando la vida se sentía demasiado pesada. Aunque hoy ya no hago parte activa de la asociación, reconocer su importancia es un acto de justicia. Sin ella, mi historia —y la de muchos— habría sido mucho más dura.

Este momento marca un quiebre en mi relato: entender que el reciclaje no es solo un trabajo individual, sino una historia colectiva, tejida por mujeres y hombres que, desde la precariedad, decidieron organizarse para existir con un poco más de dignidad.

3.5. Momento 5. Dignificar el oficio: cuando el cuerpo deja de jalar solo

Durante muchos años, el vehículo de tracción animal fue una extensión del cuerpo del reciclador. El zorro no era solo un medio de transporte: era la forma de cargar la vida entera. Y el caballo no era una herramienta, como muchos desde afuera han querido decir, sino un compañero de trabajo, un ser vivo con el que se construía una relación cotidiana.

Yo aprendí rápido que no se decía “zorra”. Decir zorra era una ofensa. Los recicladores se molestaban, se reían con rabia, decían sin rodeos: “zorra su madre”. El nombre correcto era zorro, y el caballo tenía nombre, carácter, historia. Don Sergio, por ejemplo, amaba a sus caballos. Los cuidaba, los alimentaba, los conocía. Para él, el caballo era parte del equipo, parte de la familia.

Desde afuera, muchos discursos animalistas reducen esta relación a maltrato. Pero desde adentro, lo que vi fue otra cosa: el caballo era una extensión del cuerpo del reciclador, así como el reciclador era una extensión del caballo. Se cuidaban mutuamente porque de eso dependía la jornada, el sustento, la vida.

Sin embargo, también es cierto que ese modelo implicaba un desgaste profundo. Para el animal y para el cuerpo humano. Jalar toneladas de material, recorrer kilómetros, aguantar sol, lluvia, madrugada. El cuerpo dolía. Las manos dolían. Las piernas dolían. Los senos dolían cuando yo todavía lactaba. El cansancio no era solo físico, era acumulado, histórico.

Por eso, cuando empezaron los procesos de sustitución de los vehículos de tracción animal, no fue solo un cambio técnico: fue un cambio simbólico.

Desde Bogotá, durante la alcaldía de Gustavo Petro, se dio el primer gran impulso político a la dignificación del reciclador. No solo en el discurso, sino en hechos concretos. La restitución de los vehículos de tracción animal por motos motocargueros fue una de las

medidas más importantes. No se trataba de quitarle el trabajo a nadie, sino de transformar las condiciones en las que ese trabajo se hacía.

Este proceso no fue inmediato ni perfecto. Implicó cursos obligatorios, pagos por parte de las alcaldías, capacitaciones, trámites, miedos. En muchos casos, fue la Alcaldía de Bogotá la que marcó la ruta, pero luego municipios como Mosquera y Funza comenzaron a implementar procesos similares, adaptados a sus realidades.

Yo vi cómo muchos recicladores dudaban. Entregar el caballo no era fácil. No era solo entregar un animal: era despedirse de una forma de vida. Algunos lloraron. Otros se resistieron. Otros entendieron que el cambio también era una forma de cuidar al animal y al propio cuerpo.

La entrega de motocargueros significó menos esfuerzo físico, más alcance, más tiempo. Significó también un reconocimiento implícito: su trabajo vale lo suficiente como para que el Estado invierta en él. Y eso, para una población históricamente invisibilizada, no es poca cosa.

Este proceso de sustitución se extendió durante varios años y continuó hasta 2024 y 2025, cuando aún se estaban haciendo entregas, cierres de procesos y acompañamientos. No fue una política aislada ni corta. Fue una apuesta sostenida por dignificar el oficio del reciclaje y cerrar, de manera responsable, el ciclo de los vehículos de tracción animal.

Para mí, todo esto significó entender que la dignificación no llega de un día para otro. Es lenta, incompleta, conflictiva. Pero existe. Y cuando existe, transforma la forma en que una se nombra a sí misma.

Porque ya no era solo la mujer que empujaba un zorro de madrugada. Era una recicladora reconocida, con derechos, con herramientas, con una historia que empezaba a ser escuchada.

Este momento marcó otro quiebre en mi vida: entender que el reciclador no es parte de la basura, que su cuerpo no está destinado al desgaste eterno, y que el oficio puede —y debe— hacerse en condiciones más justas.

3.6. Momento 6. Antes y después de la tarifa: subsistir, callar y aprender a nombrarme en medio de la pandemia

Antes de que la tarifa existiera en mi vida, el reciclaje era, sin rodeos, pura subsistencia. No había discursos de dignidad, ni nociones de derechos, ni siquiera la idea de que eso que hacía pudiera llamarse trabajo en el sentido pleno de la palabra. Era lo que tocaba. Era lo que había. Era levantarse temprano, salir con frío, cargar peso, vender material y volver a empezar.

Yo reciclaba desde el cuerpo, no desde el nombre.

No decía “soy recicladora”.

Decía “estoy trabajando”.

Decía “estoy resolviendo”.

Decía cualquier cosa menos eso.

La invisibilización no era solo externa, también era interna. Yo misma me borraba. En los shuts de los conjuntos residenciales sentía con fuerza la mirada ajena: el fastidio, la incomodidad, el asco. Había vecinos que no saludaban, que se quejaban del ruido, del olor, del “desorden”. Yo aprendí a hacerme pequeña, a pasar rápido, a no ocupar demasiado espacio.

Ese mismo gesto lo repetía en mi familia. A mi mamá se lo conté con miedo, con cuidado. A mi hermana le dolió profundamente; lloró como si yo hubiera tocado fondo. Con mi papá fue distinto: guardé silencio durante años. Preferí que pensara que yo trabajaba en cualquier cosa antes de aceptar que reciclaba. Yo era la hija a la que habían mandado a

estudiar, la que “no tenía por qué estar en eso”. Y yo cargaba esa expectativa como un peso más en el cuerpo.

Mientras yo callaba, la historia del reciclaje se estaba moviendo. No de forma visible para todos, pero sí de manera persistente. Durante años, los recicladores habían luchado jurídicamente para ser reconocidos como trabajadores. Habían interpuesto tutelas, demandas, habían llegado hasta la Corte Constitucional. De ahí salieron sentencias que decían algo que parecía obvio, pero que nunca había sido reconocido: que el reciclador no es basura y que su trabajo es esencial.

En ese proceso, Bogotá marcó un punto de quiebre. Durante la alcaldía de Gustavo Petro (2012-2016) el reciclaje dejó de pensarse solo como un asunto ambiental y empezó a entenderse como un problema social, laboral y político. Petro puso el tema sobre la mesa: el reciclador como parte del servicio público de aseo, no como un actor informal tolerado a medias.

Ese impulso político fue clave para que, más adelante, en el gobierno de Juan Manuel Santos, se expidiera el Decreto 596 de 2016, que formalizó jurídicamente el rol del reciclador. En el papel, ese decreto significaba dignificación, formalización y reconocimiento. En la vida real, significó esperar.

Porque una cosa es que exista un decreto y otra muy distinta es que llegue al cuerpo.

Durante años después del decreto, nada cambió de inmediato para mí. El reciclaje seguía siendo pesado, agotador, mal visto. Yo seguía cargando bolsas, clasificando material, vendiendo lo que se podía. La formalización era una palabra lejana. La tarifa era un rumor que circulaba entre recicladores, una promesa que parecía no aterrizar nunca.

Y entonces llegó el 2020.

La pandemia trastocó todo. La ciudad se cerró, pero la basura siguió saliendo. Más que antes. Los recorridos se volvieron más largos, más peligrosos. Salíamos con miedo. Nadie sabía exactamente qué estaba pasando ni cómo protegerse. Tapabocas improvisados, guantes reutilizados hasta romperse, alcohol escaso.

Yo, en ese momento, era muchas cosas a la vez. Madre reciente, con una hija pequeña que dependía completamente de mí. Recicladora, saliendo todos los días porque no había otra opción. Docente por horas, con contratos inestables y pagos miserables. Estudiante intermitente, tratando de no abandonar del todo la universidad.

El cuerpo empezó a pasar factura. Las manos se reventaban. Los músculos dolían de forma constante. Y yo todavía estaba lactando. Recuerdo con claridad llegar a casa con los senos llenos, duros, inflamados. El dolor era físico, pero también emocional. Me cambiaba rápido, cargaba a mi hija, le daba pecho para aliviarme, respiraba hondo... y muchas veces volvía a salir.

No había descanso real. Todo era continuo.

En medio de ese agotamiento, algo empezó a cambiar. La tarifa llegó. En mi caso, alrededor del 2021. No fue una suma grande ni suficiente para resolver la vida, pero era distinta. No provenía de la venta directa del material ni del regateo en la bodega. Era un pago que llegaba desde el Estado, asociado al reconocimiento del reciclaje como parte del servicio público de aseo.

Esta tarifa —conocida entre los recicladores como *transfer*— corresponde a un pago por la labor de aprovechamiento de residuos: por separar, recuperar y reincorporar materiales que, de otro modo, terminarían en el relleno sanitario. Este reconocimiento económico se enmarca en el Decreto 596 de 2016, expedido durante el gobierno de Juan Manuel Santos, que formalizó la inclusión de los recicladores de oficio como actores del servicio público de aseo, retomando y

desarrollando luchas jurídicas previas impulsadas, entre otros, durante la alcaldía de Gustavo Petro en Bogotá.

Para mí, más allá del monto, lo importante era su significado: no era limosna ni ayuda asistencial. Era el reconocimiento, aunque tardío y parcial, de que mi trabajo tenía un valor social, ambiental y público. Por primera vez, el reciclaje dejaba de ser solo subsistencia y empezaba a nombrarse trabajo. Ese detalle lo cambió todo.

Por primera vez sentí que lo que hacía tenía un nombre reconocido. Que no era solo rebusque. Que no era solo sobrevivir. Que alguien, en algún nivel, decía: esto vale. Ese reconocimiento empezó a acomodar algo por dentro. No fue inmediato. No fue una celebración. Fue un proceso lento, casi silencioso. Empecé a mirarme distinto. A pararme distinto. A cargar el zorro con menos vergüenza, aunque el cansancio siguiera ahí. Y entonces ocurrió el quiebre. Un día, en 2021, se lo dije a mi papá. Sin rodeos. Sin excusas.

—Papá, yo soy recicladora. De esto vivo. Recuerdo el silencio. El gesto duro. La incomodidad. No fue una conversación amable ni fácil. Pero yo ya no estaba dispuesta a esconderme. Decirlo fue un acto de afirmación. De dignidad. De reconciliación conmigo misma.

Ese momento marcó un antes y un después. No porque el mundo cambiara de inmediato, sino porque yo dejé de callar. Porque entendí que la dignificación no empieza solo en los decretos, sino en la posibilidad de nombrarse sin sentir que una se rompe por dentro.

Decírselo a mi papá no fue solo contarle a qué me dedicaba. En ese momento comprendí que estaba en juego algo más profundo: una lucha por el reconocimiento. Tal como

lo plantea Axel Honneth (1997), el reconocimiento se configura en tres esferas —la afectiva, la jurídica y la social—, y las tres atravesaban ese instante de manera simultánea.

En el plano afectivo, necesitaba que mi papá siguiera viéndome como su hija, que el amor no se rompiera por no corresponder a la imagen de éxito que había proyectado sobre mí. En el plano jurídico, ya no hablaba únicamente desde la informalidad o el rebusque: mi trabajo como recicladora comenzaba a ser reconocido por el Estado como parte del servicio público de aseo. Y en el plano social, decirlo en voz alta era afirmar que el reciclaje tenía valor, aunque históricamente hubiera sido un oficio invisibilizado y despreciado.

Yo no le hablé en esos términos. No cité a Honneth ni mencioné teorías. Solo dije una frase sencilla: “Papá, yo soy recicladora”. Pero en esa frase se condensaban años de vergüenza, silencios y resistencias. Decirlo fue un acto de exposición y de afirmación: reconocirme a mí misma como trabajadora y esperar —con miedo— que ese reconocimiento también viniera de él. En ese momento entendí que la dignidad no es solo una condición personal, sino una relación que se construye se disputa y, a veces, se arriesga en una conversación íntima.

La pandemia, la tarifa y la maternidad se cruzaron en mi vida de forma brutal. Me desgastaron, me enseñaron, me transformaron. Nada fue ordenado. Nada fue limpio. Pero todo fue profundamente formativo.

Ahí terminó el tiempo del silencio.

Y empezó otro, más honesto, más complejo, más mío.

3.7. Momento 7. Epifanías del reciclaje: aprender a mirar el mundo desde lo que otros desechan

Hubo un momento en el que el reciclaje dejó de ser solo cansancio y empezó a convertirse en una forma de mirar el mundo. No fue algo inmediato ni consciente. Fue más bien una acumulación de escenas pequeñas, repetidas, cotidianas, que poco a poco se volvieron revelaciones. Epifanías simples, pero profundas.

Reciclar me enseñó a observar.

Aprendí que la basura habla. Que dice mucho más de la gente de lo que uno cree. A principio de mes, las bolsas estaban llenas: empaques nuevos, comida en buen estado, revistas de catálogo, cajas bonitas. A final de mes, todo cambiaba. Menos residuos, más sobras, más reutilización. La desigualdad se veía sin necesidad de estadísticas. Yo la leía con las manos.

Los shuts de los conjuntos residenciales eran escenarios complejos. Lugares de tensión, de choque. Para muchos residentes, nuestra presencia era incómoda. El ruido, el olor, el desorden. Más de una vez sentí miradas de desprecio, escuché comentarios hirientes, quejas constantes. Aprendí a moverme rápido, a no ocupar mucho espacio, a hacer mi trabajo sin hacer ruido. El cuerpo se acostumbró a pedir permiso incluso cuando tenía derecho a estar ahí.

Pero el reciclaje también tenía momentos inesperados, casi luminosos.

Había días en los que encontrábamos cosas que todavía tenían vida. Recuerdo una vez que alguien me regaló un peluche sacado del shut. Después supe que venía con chocolates adentro. Me hizo reír. Me hizo sentir cuidada, aunque fuera por un gesto pequeño. Otra vez encontré una billetera en buen estado y se la llevé a mi mamá. No era solo el objeto, era el significado: algo que para alguien ya no valía, para nosotros sí.

Encontrábamos chucherías, utensilios, ropa casi nueva, juguetes, libros. A veces dinero. A veces cosas completamente intactas. Y cada hallazgo me hacía pensar en la lógica del consumo, en lo rápido que se desecha, en lo poco que se repara. El reciclaje me volvió más consciente, más crítica, más atenta.

También estaban los recorridos. Los de la tarde-noche y los de la madrugada. La madrugada era otra cosa. El silencio era espeso. El ruido del material al caer se amplificaba. El cuerpo pesaba más. El cansancio se sentía en los huesos. A esa hora una piensa mucho. Se pregunta qué está haciendo, cómo llegó ahí, cuánto más va a resistir.

Y, aun así, había felicidad.

Fui feliz montando en el zorro de don Sergio, enamorada, sintiendo que éramos dos contra el mundo. Fui feliz acompañando a vender el material, recorriendo Mosquera, sabiendo que no era mi municipio y que por eso nadie me juzgaba. Esa distancia me daba libertad. Podía ser recicladora sin que mi pasado universitario me persiguiera.

Pero la felicidad convivía con la vergüenza. Me daba pena decirles a mis compañeros de universidad que trabajaba en un shut. Me daba pena explicar que ganaba más con la basura que con la docencia. Me daba pena sentir que estaba “retrocediendo” en lugar de avanzar. Esa contradicción me atravesó durante años.

El cuerpo también enseñaba. Las manos reventadas, los músculos adoloridos, el cansancio constante. Recuerdo especialmente los fines de semana largos, los puentes. La basura se acumulaba más. El trabajo se duplicaba. Hubo un día en que no pude más. Me senté al lado del shut y lloré. Lloré de cansancio, de rabia, de frustración.

Doña Zully me vio. Bajó. No dijo mucho. Se puso a ayudarme. Ese gesto se me quedó grabado. Porque con el tiempo, después de la separación y otros duelos, yo invisibilicé muchas

cosas buenas que la asociación y esa familia me dieron. Pero en ese momento, me sostuvieron.

Otra epifanía fue entender que el reciclaje no era solo rebusque, sino conocimiento. Aprendí a identificar materiales, a clasificar rápido, a leer rutas, a optimizar recorridos. Aprendí de economía popular, de redes informales, de supervivencia urbana. Aprendí más sobre la ciudad reciclando que en las aulas.

Y también aprendí algo duro: que muchas veces yo misma me sentí indigna. No porque el oficio lo fuera, sino porque la sociedad así lo ha construido. Esa idea se mete adentro y cuesta sacarla. Me costó años empezar a reconciliarme conmigo misma.

Hoy, cuando miro atrás, sé que esas epifanías siguen vivas en mí. No se quedaron en el pasado. Siguen resonando en la forma en que enseño, en la forma en que pienso la educación, en la forma en que habito el mundo. El reciclaje me enseñó a mirar desde abajo, desde lo que se desecha, desde lo que no se quiere ver.

Y escribir esto ahora es también una forma de darle lugar a esa memoria, de no silenciarla más, de reconocer que lo que viví no fue un desvío, sino una escuela profunda de vida.

3.8. Momento 8. Alejandra hoy: cerrar, resignificar y volver a elegirme

Hoy escribo desde otro lugar. No desde el cansancio inmediato del cuerpo, aunque ese cansancio todavía me habita. Escribo desde la distancia que da el tiempo, desde la posibilidad de mirar atrás sin esconderme, sin bajar la voz, sin pedir permiso para contar mi propia historia.

Durante mucho tiempo, yo fui muchas cosas a la vez y ninguna completa. Mujer, madre, recicladora, docente por horas, estudiante intermitente. Siempre a medias. Siempre corriendo. Siempre sosteniendo algo o a alguien. Durante años, la academia fue lo que más postergué, no porque no la amara, sino porque la vida me exigía resolver lo urgente antes que lo importante.

Hubo momentos en los que sentí que la universidad se me iba de las manos. Que no iba a volver. Que había fallado. Que el reciclaje, la maternidad y el trabajo me habían sacado del camino "correcto". Y esa idea dolía, porque yo misma había aprendido a medir el éxito desde ahí: desde terminar, desde graduarse, desde cumplir.

Pero hoy entiendo que no abandoné la academia: la suspendí para sobrevivir.

El reciclaje no fue un error ni una desviación. Fue lo que me permitió sostener la vida cuando todo era frágil. Me permitió criar a mi hija, pagar un arriendo, comer, resistir. Me permitió conocer el mundo desde un lugar que jamás habría conocido solo desde los libros. Me enseñó sobre desigualdad, consumo, dignidad, trabajo, cuerpo, cuidado y resistencia cotidiana.

Durante años me dolió decir que era recicladora. Hoy ya no. Hoy puedo decirlo sin vergüenza, sin esconderme, sin sentir que me quiebro por dentro. Porque entendí que la dignidad no viene de lo que una hace, sino de cómo una se reconoce en su propia historia.

También entendí que la asociación fue mucho más importante para mí de lo que quise aceptar durante un tiempo. ASORECICLAMOS fue red, fue respaldo, fue comunidad, fue memoria compartida. Aunque hoy ya no haga parte activa del proceso, sé que esa organización me sostuvo en momentos en los que no tenía nada más. Y eso no se borra.

La separación, los duelos, los silencios, las vergüenzas, todo eso también hace parte de esta historia. No lo escribo para exponer a nadie, ni para victimizarme, ni para buscar lástima. Lo escribo porque callarlo ya no me sirve. Porque el silencio también cansa. Porque escribir es una forma de atravesar el duelo.

Mi hija, Majo, ha sido el centro de todo. Ella me sostuvo cuando yo sentía que no podía más. Ella fue la razón para salir a reciclar incluso con miedo. Ella fue la razón para volver a pensar en la universidad. Ella es parte de esta historia, aunque no la nombre en cada escena.

Hoy, después de seis años atravesados por trabajo, reciclaje, maternidad, pandemia y cansancio, estoy cerrando la universidad. Para mí, este es el logro más grande de mi vida. No porque borre el pasado, sino porque lo resignifica. Porque todo lo que viví ahora tiene lugar, palabra, sentido.

Hoy quiero ser maestra. No una maestra idealizada, sino una maestra que entiende el mundo desde abajo, desde lo que se desecha, desde lo que no se quiere ver. Quiero enseñar con memoria, con cuerpo, con conciencia. Quiero que mis estudiantes sepan que el conocimiento no nace solo en los libros, sino también en la calle, en el trabajo, en la vida.

Esta autoetnografía no es solo un capítulo de tesis. Es un acto de reconciliación conmigo misma. Es decirme que no fallé. Que resistí. Que aprendí. Que sobreviví. Que crecí.

Hoy soy Alejandra.

Soy mujer.

Soy mamá de Majo.

Soy recicladora, porque eso me marcó para siempre.

Soy docente.

Y estoy a punto de ser profesional.

Y contar esta historia es, también, una forma de dignificarme.

3.9. Cierre reflexivo. La experiencia como proceso formativo y pedagógico.

El carácter formativo de este proceso no se sostiene en la existencia de un currículo, talleres estructurados o categorías pedagógicas previamente definidas, sino en la experiencia vivida y compartida en el marco de la organización. La formación emerge de la cotidianidad del reciclaje, de las conversaciones sostenidas en las asambleas, de los relatos sobre el pasado del

oficio y de las reflexiones colectivas frente a las condiciones de trabajo. En este sentido, aprender no significó recibir contenidos, sino comprender, resignificar y posicionarse frente a la propia realidad como recicladores organizados.

La pedagogía que se configura en este proceso es una pedagogía situada y profundamente relacional, construida en el encuentro con otros. Las prácticas organizativas funcionaron como escenarios pedagógicos informales donde el diálogo, la escucha y el intercambio de experiencias posibilitaron aprendizajes sobre derechos, dignidad, organización y memoria. No se trató de enseñar desde una figura experta, sino de aprender colectivamente desde la experiencia, en un ejercicio constante de reflexión compartida que permitió transformar la manera de comprender el oficio del reciclaje y el lugar que se ocupa en él.

La autoetnografía permitió reconocer que la escritura y la narración de la experiencia también son formas de formación. Al reconstruir mi trayectoria como recicladora, mujer, madre y estudiante, la escritura operó como un dispositivo reflexivo que hizo visibles aprendizajes, tensiones y transformaciones subjetivas. Este ejercicio no solo produjo conocimiento para la investigación, sino que posibilitó una comprensión más profunda del reciclaje como experiencia formativa, tanto a nivel individual como colectivo, en diálogo permanente con las voces y experiencias de otros recicladores.

Este trabajo se asume como un proyecto en la medida en que articula memoria y horizonte de futuro. Aunque no se configuró como un programa pedagógico formal, expresa una apuesta clara por la dignificación del oficio del reciclaje y el reconocimiento de los recicladores como sujetos sociales, históricos y políticos. El proyecto se manifiesta en los procesos organizativos, en las luchas por el reconocimiento jurídico, en la formalización del oficio y en la construcción de sentidos colectivos que proyectan un futuro distinto al de la exclusión histórica.

Desde esta perspectiva, el valor pedagógico del proceso no radica en la aplicación de metodologías educativas tradicionales, sino en la capacidad de generar aprendizajes significativos desde la experiencia situada. La formación política, la construcción de memoria colectiva y la

transformación de la mirada sobre el reciclaje evidencian que este trabajo no es únicamente narrativo o descriptivo, sino profundamente formativo. Se trata de un proceso que produce conocimiento, subjetividad y acción colectiva, y que, precisamente por ello, puede ser reconocido como un proyecto pedagógico legítimo y coherente con las realidades que investiga.

4. Educación popular, formación política y experiencia autoetnográfica

Este trabajo se cierra reafirmando que el proceso investigativo desarrollado no puede comprenderse únicamente como un ejercicio académico ni como una experiencia individual de escritura, sino como una experiencia pedagógica y formativa situada, profundamente vinculada a los principios de la educación popular y a los procesos de formación política que emergen en contextos organizativos comunitarios.

Desde la educación popular, la formación no se concibe como una transmisión vertical de conocimientos ni como un proceso escolarizado, sino como una práctica dialógica, colectiva y situada, que parte de la experiencia concreta de los sujetos y de sus condiciones históricas de vida (Torres, 2013). En este sentido, la asociación de recicladores se configura como un escenario pedagógico no formal, donde el aprendizaje ocurre en la práctica cotidiana del oficio, en la organización colectiva, en la palabra compartida y en la reflexión constante sobre la dignidad, los derechos y el trabajo.

A lo largo del proceso, fue posible evidenciar que la formación política no apareció como un componente previamente planificado ni estructurado como un programa educativo formal. Por el contrario, emergió de manera orgánica a partir de la experiencia compartida en la asociación. En las asambleas, reuniones organizativas, procesos de formalización y luchas jurídicas, los recicladores aprendieron a reconocerse como trabajadores del servicio público de aseo, como sujetos de derechos y como actores políticos capaces de incidir en las decisiones que afectan su labor.

Estas prácticas formativas se materializaban, por ejemplo, en las asambleas donde se discutían las consecuencias del cambio tarifario en la comercialización del material reciclable. Cuando los precios del mercado bajaban y se generaban déficits en el ingreso de los asociados, la organización tomaba decisiones colectivas como almacenar el material hasta que el valor se estabilizara y venderlo únicamente cuando la asociación consideraba que el precio era justo. Este tipo de decisiones no solo respondían a una lógica económica, sino que implicaban procesos de

deliberación, análisis colectivo y posicionamiento político frente al mercado, evidenciando aprendizajes situados y una práctica pedagógica profundamente ligada a la experiencia.

Un ejemplo significativo de estos procesos formativos fueron las manifestaciones realizadas frente a las Secretarías de Ambiente de Funza y Mosquera, en las cuales los recicladores expresaron su inconformidad frente a normativas diseñadas sin su participación directa. Particularmente, se cuestionaban los censos contruidos desde criterios exclusivamente estadísticos y ambientales, que reducían la labor del reciclador a un dato técnico, invisibilizando las condiciones reales de seguridad, movilidad y protección social necesarias para ejercer el oficio de manera digna.

Estas movilizaciones no constituyeron únicamente actos de protesta, sino verdaderos espacios de formación política, en tanto permitieron a los recicladores identificar críticamente las tensiones entre las políticas públicas y su experiencia cotidiana, argumentar colectivamente sus demandas y posicionarse como interlocutores válidos frente a las instituciones. En estos escenarios, se fortaleció el aprendizaje sobre derechos laborales, el reconocimiento del reciclaje como un servicio público esencial y la necesidad de incidir activamente en la construcción de políticas públicas.

En coherencia con lo planteado por Marieta Quintero, la formación política se produce cuando los sujetos logran leer críticamente su realidad, reconocer las relaciones de poder que la atraviesan y actuar colectivamente para transformarla, incluso fuera de los marcos escolares formales (Quintero, 2010). Desde esta perspectiva, las prácticas organizativas de la asociación — asambleas, protestas, estudio de decretos, discusiones sobre tarifas y formalización— constituyen experiencias pedagógicas en sí mismas, en tanto producen saberes situados y fortalecen la conciencia política del colectivo.

Un aspecto central de este proceso formativo fue el estudio colectivo de los decretos y normativas que regulan el reciclaje. Este ejercicio no se realizaba de manera individual ni aislada, sino principalmente desde la junta directiva, conformada por un grupo de líderes que asumían la

tarea de leer, analizar y comprender documentos normativos como el Decreto 596 de 2016. Posteriormente, en reuniones ampliadas, estos contenidos eran socializados con el resto de la asociación mediante explicaciones orales, ejemplos prácticos y discusiones abiertas. Este ejercicio pedagógico permitió traducir el lenguaje técnico-jurídico a un lenguaje comprensible para los recicladores, fortaleciendo su capacidad de apropiación normativa y su posicionamiento político frente al Estado.

Desde una lectura pedagógica, este proceso puede compararse con una práctica educativa situada: lectura colectiva, análisis crítico del contexto, socialización del conocimiento y aplicación práctica en la vida cotidiana. Así, la asociación no solo producía organización, sino también saberes políticos y técnicos, contruidos desde la experiencia y orientados a la defensa del oficio.

A la luz de la teoría del reconocimiento de Axel Honneth, estos procesos pueden comprenderse como luchas jurídicas, sociales y afectivas (Honneth, 1997). Jurídica, en tanto los recicladores exigen ser reconocidos como trabajadores del servicio público de aseo con derechos y garantías; social, en cuanto disputan la valoración moral de su oficio frente a una sociedad que históricamente lo ha invisibilizado; y afectiva, en la construcción de vínculos de solidaridad y autoestima colectiva dentro de la organización. La asociación se convierte así en un espacio de reparación simbólica frente al menosprecio histórico vivido por los recicladores.

En este sentido, la autoetnografía desarrollada no solo permitió narrar una experiencia personal, sino dar cuenta de procesos pedagógicos y formativos colectivos que transformaron la manera en que los recicladores se reconocen a sí mismos y son reconocidos socialmente. La escritura reflexiva y el registro narrativo funcionaron como herramientas analíticas que hicieron visible cómo la memoria colectiva, la organización y la acción política producen aprendizajes que no se generan en espacios educativos formales, pero que son profundamente pedagógicos.

Finalmente, este trabajo demuestra que la formación política no requiere necesariamente de una escuela tradicional para existir. Se produce en la práctica cotidiana, en la lectura crítica del contexto, en el estudio colectivo de las normas, en la deliberación, en la protesta y en la

organización. La experiencia de la asociación de recicladores confirma que los sujetos populares no solo resisten, sino que producen conocimiento, pedagogía y proyecto, articulando memoria y futuro, dignidad y acción colectiva.

REFERENCIAS

Basantes, M. (2019). Historias de vida de recicladores de base y sus luchas por la dignificación del trabajo [Tesis de pregrado o maestría, Universidad correspondiente]. Repositorio institucional.

Beltrán, J. (2019). Recicladores de oficio en Bogotá: trabajo, estigmatización y reconocimiento social. Universidad Nacional de Colombia.

Cifuentes, L., & Bello, M. (2019). Diagnóstico socioeconómico de los recicladores de oficio en el municipio de Mosquera. Universidad / Entidad responsable.

Gómez-Correa, J. A., Agudelo-Suárez, A. A., & Ronda-Pérez, E. (2008). Condiciones de trabajo y salud de los recicladores de Medellín, Colombia. *Revista de Salud Pública*, 10(5), 706–715.

Medina, M. (2017). Reciclaje informal, organización y políticas públicas en América Latina. Editorial / Universidad.

Parra, F. (2015). La lucha de los recicladores en Bogotá: inclusión social y disputas políticas en la prestación del servicio público de aseo. Universidad Nacional de Colombia.

Rubio, M. (2015). Trabajo informal y reciclaje urbano: un análisis comparado en Buenos Aires, Cali y Monterrey. *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 20(32), 89–112.

Solíz, M. F. (2019). Recicladores de base y justicia ambiental en América Latina. En *Gestión de residuos y derechos sociales* (pp. xx–xx). Editorial.

Torres, A. (2011). Organización social y asociatividad de recicladores urbanos. Universidad / Editorial.

Unidad Administrativa Especial de Servicios Públicos – UAESP. (2021). Caracterización de la población recicladora de oficio en Bogotá. Alcaldía Mayor de Bogotá.

Vargas, L. (2016). Relatos de vida y construcción de identidad en recicladores urbanos. Universidad / Repositorio institucional.

Villegas, P. (2016). Recicladores como sujetos sociales: estigmatización, dignificación y resistencia. Universidad / Editorial.

Alcaldía Mayor de Bogotá. (2016). Política pública para la inclusión social de recicladores de oficio. Secretaría Distrital de Ambiente.

Bourdieu, P. (2000). La dominación masculina. Anagrama.

Corte Constitucional de Colombia. (2003). Sentencia T-724 de 2003.

<https://www.corteconstitucional.gov.co>

Corte Constitucional de Colombia. (2009). Sentencia T-291 de 2009.

<https://www.corteconstitucional.gov.co>

De Sousa Santos, B. (2010). Refundación del Estado en América Latina: Perspectivas desde una epistemología del Sur. Instituto Internacional de Derecho y Sociedad.

Ellis, C. (2004). The ethnographic I: A methodological novel about autoethnography. AltaMira Press.

Ellis, C., Adams, T. E., & Bochner, A. P. (2011). Autoethnography: An overview. Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research, 12(1), Art. 10.

Freire, P. (1970). Pedagogía del oprimido. Tierra Nueva.

Freire, P. (1997). Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa. Siglo XXI Editores.

Ministerio de Vivienda, Ciudad y Territorio. (2016). Decreto 596 de 2016 por el cual se establece el esquema operativo del servicio público de aseo para recicladores de oficio.

<https://www.minvivienda.gov.co>

Sandoval, C. A. (2002). Investigación cualitativa. ICFES.

Zemelman, H. (1992). Los horizontes de la razón: Uso crítico de la teoría. El Colegio de México.

Congreso de la República de Colombia. (2003). Sentencia T-724 de 2003. Corte Constitucional.

Congreso de la República de Colombia. (2009). Sentencia T-291 de 2009. Corte Constitucional.

Congreso de la República de Colombia. (2016). Ley 1774 de 2016, por medio de la cual se modifican el Código Civil, la Ley 84 de 1989 y el Código Penal, y se dictan otras disposiciones en relación con los animales. Diario Oficial No. 49.747.

Mendoza, C. (2018). Economía del reciclaje y condiciones de vida de los recicladores urbanos en Colombia. Universidad / Editorial.

Rodríguez, S. (2016). Recicladores de oficio y políticas públicas: tensiones entre formalización e informalidad. Universidad / Editorial.

Quintero, M. (2014). Experiencia, formación y subjetividad: aportes desde la educación popular. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.